

LOTERIA

VOLUMEN I • NUMERO 12

2da EPOCA

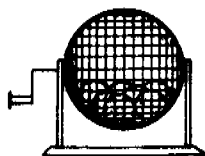
NOVIEMBRE 1956

Director
DR. CARLOS E. MENDOZA

Administrador
PABLO PINEL

Editores
D. H. Turner - Juan A. Susto

LOTERIA



ÓRGANO DE LA LOTERÍA NACIONAL DE BENEFICENCIA

II EPOCA

PANAMA, R. DE P., NOVIEMBRE DE 1956

Nº 72

SUMARIO

	PAGINAS
EDITORIAL. Dr. Belisario Porras, por D. H. Turner.....	3
A Belisario Porras (soneto), por Ricardo Miró.....	4
ALOCUCION de la Comisión Organizadora, con motivo del centenario del nacimiento del Dr. Belisario Porras.....	6
PROGRAMA de los actos conmemorativos del centenario del nacimiento del Dr. Porras, en los días 26 a 28 de Noviembre de 1956.....	9
LEYES DE HONORES al Dr. Belisario Porras:	
No. 107, de 1o. de Febrero de 1943.....	10
No. 42, de 17 de Diciembre de 1953.....	11
No. 72, de 11 de Noviembre de 1955.....	13
RESOLUCIONES EN HOMENAJE al Dr. Belisario Porras:	
No. 2, de 5 de Octubre de 1953.....	14
No. 9, de 8 de Noviembre de 1956.....	15
BOCETOS BIOGRAFICOS:	
El caudillo de levita, por Roque Javier Laurenza.....	17
Al pie de las estatuas, por Fran Rodrigo (Santiago McKay).....	24
Dr. Belisario Porras, por Ernesto J. Castillero R.....	29
Mi homenaje al Dr. Belisario Porras, por José Agustín Cajar Escala.....	33
Ensayo biográfico del Dr. Belisario Porras, por Ernesto J. Nicolau.....	38
El lirismo del Dr. Belisario Porras, por Concha Peña.....	57
COMO CONOCI AL DR. PORRAS:	
por Evaristo Almengor.....	60
Por Enrique A. Jiménez.....	63
por Domingo H. Turner.....	67
EL GENERAL DE GAULLE, por Abel Lombardo Vega.....	67
Portada: Dr. Belisario Porras, dibujo de Reinaldo de Pool (Segunda página): El Presidente Porras, por José D. Moscote (Tercera página): Belisario Porras, por Juan Antonio Susto (Tercera página): Porras el Caudillo, por Fernando Gamio Palacio (Cuarta página): Junta Directiva de la Lotería Nacional de Beneficencia	
ADMINISTRACION de la Lotería Nacional de Beneficencia.....	2

ADMINISTRACION DE LA LOTERIA NACIONAL
DE BENEFICENCIA

DR. CARLOS E. MENDOZA

Gerente

LIC. AGUSTIN FERRARI

Sub-Gerente

Jefe de Contabilidad

HERACLIO CHANDECK

Tesorero

GILBERTO MEDINA

Secretario

PABLO A. PINEL

DR. BELISARIO PORRAS

Por D. H. TURNER

HASTA EL SOL tiene manchas, expresó un gran pensador y se ha repetido luego hasta la saciedad, para indicar con frase expresiva que ERRARE HUMANUM EST y que aun los grandes hombres adolecen de fallas cuya existencia hacen más brillantes las ejecutorias de que dispusieron para entrar con paso firme en el amplio escenario de la Historia. Puede decirse esto con toda propiedad del eximio doctor Belisario Porras, quien honrara por tres veces consecutivas el solio de los Presidentes de Panamá. ámbito más amplio, como el de la República de Colombia, por ejemplo, en nada habría deslucido su gran papel de repúblico consumado y de estadista prominente. En el reducido nuestro, dejó huellas imborrables de ambas cualidades y de un don de gentes taumatúrgico para atraer amigos y unirlos al carro de su victoria.

Después de haber sido su amanuense durante la campaña electoral que lo llevó por primera vez a la Presidencia de la República y de haber desempeñado por designación suya el cargo de Cónsul panameño en la ciudad metropolitana de Chicago, Illinois, nos correspondió fundar sucesivamente "La Voz del Pueblo", primero, en 1916, bajo la inspiración del doctor Carlos Antonio Mendoza, y "El Diario Nacional", después, en 1920, bajo la dirección de don Francisco Arias Paredes, y desde las columnas de ambos combatir su obra política con empeño, que, entonces, creímos patriótico. Contemplada ésta en perspectiva, sin embargo, da un balance favorable al doctor Porras que se puede fijar en proporción de diez a uno, lo que, en las dificultades que confrontaba el manejo del Gobierno en su época, con la tara inicial del Tratado de 1903, celebrado con los Estados Unidos de Norte América, para la excavación del Canal de Panamá, y la inexistencia de instituciones jurídicas, económicas y sociales sólidas, sobre que hacer caminar el carro de la nueva Nación, es un saldo heroico, de dimensión magnífica.

Fue, en efecto, el doctor Porras el hombre público que mayor impulso dió a la Nacionalidad Panameña de la segunda a la tercera década de su existencia. Expidió los Códigos Nacionales, fundó los Registros Civil y de la Propiedad, creó el Archivo Nacional, levantó Escuelas, como la

Profesional, erigió el Hospital Santo Tomás, abrió carreteras por todo el interior del País, y como colofón, para no hablar sino de sus obras cumbres en materia institucional, nacionalizó la Lotería, que fue, desde entonces, nacional y no privada y que viene sirviendo desde aquella época, cada vez con mayor acopio de fondos, los fines de la Asistencia Pública.

Su lucha por la nacionalización de la Lotería fue una de las mas reacias que hubo de acometer. El buen sentido se impuso a la postre, empero, cuando gobernante y concesionario, un eminente estadista aquél y un gran filántropo éste, llegaron a un acuerdo que puso fin a las diferencias existentes y garantizó beneficios positivos al País, por muchos años.

"La Lotería", vocero de la Institución del mismo nombre, dedica esta edición extraordinaria a enaltecer la memoria del insigne repúblico, doctor Porras, con motivo de cumplirse el primer centenario del nacimiento del Caudillo y como muestra de gratitud por haberle dado el ser de que ella y con ella, toda la Nación, se ufanan.

•

A BELISARIO PORRAS

(SONETO) Por RICARDO MIRO. (1)

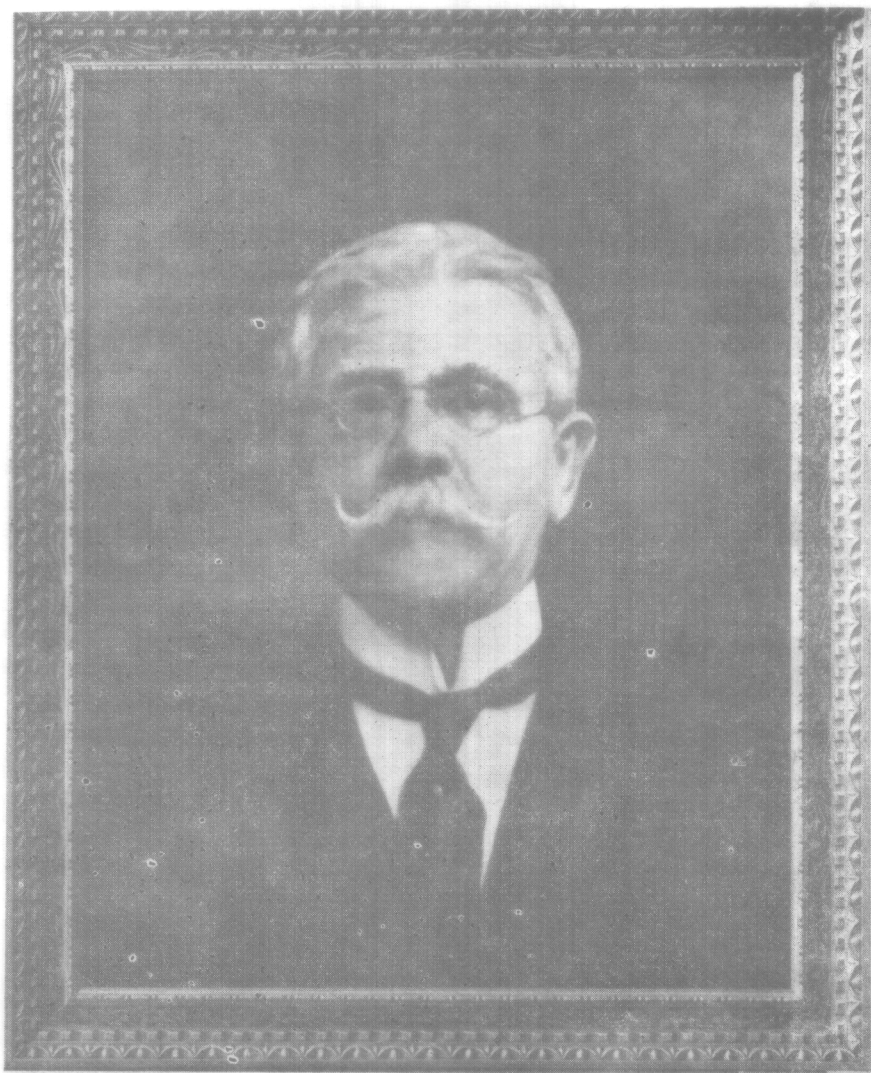
*El bronce de los próceres, que perpetuó la gloria
de los que han sido faros ante la Humanidad,
recogerá tu cuerpo y lo dará a la Historia
para que sigas viaje a la Inmortalidad.*

*Yo —vivo o muerto, pero serena la memoria—
iré en la tibia noche hasta tu soledad
y aguardaré en el hondo silencio la ilusoria
gracia de oír tu acento desde la Eternidad.*

*Irán otros conmigo. Irá la romería
de todos los que oyeron tu noble acento un día
como un sonoro látigo, vibrando contra el mal;*

*y veremos, perdidas para siempre tus huellas,
arriba, tu figura constelada de estrellas:
abajo, mi soneto, frente del pedestal.*

- (1) El poeta Miró murió el día 2 de Marzo de 1940 y el Doctor Porras el 28 de Agosto de 1942.



Oleo del Dr. Belisario Porras, del pintor nacional don Roberto Lewis, que se encuentra en la oficina del señor Gerente de la Lotería Nacional de Beneficencia, Dr. Carlos E. Mendoza.

ALOCUCION

CON MOTIVO DEL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DEL DR. BELISARIO PORRAS

Panameños:

Un agitar febril sacude las más íntimas fibras del corazón del pueblo panameño y un cúmulo de recuerdos y emociones renacen ardorosos en el pensamiento y en el alma de la Nación, al cumplirse hoy la primera centuria del nacimiento del Dr. Belisario Porras.

Porque si fuera necesario ubicar en un sólo individuo la historia de la República, si precisara identificar con un nombre propio lo consubstancial de nuestra Patria, el de Belisario Porras brotaría en forma unánime de los labios de todos los hijos de esta tierra para asignarle el puesto más conspicuo en el desarrollo de nuestra nacionalidad independiente.

Si es cierto que un siglo es apenas un hito insignificante en la vida eterna de la humanidad, la efemérides centenaria que conmemoramos constituye jalón trascendental en nuestra historia, porque es la existencia, prolongada hasta más allá de la muerte, de un hombre que encarnó con fidelidad absoluta, en sus virtudes y en sus defectos, en sus dolores y en sus alegrías, la esencia del alma panameña.

Belisario Porras fue héroe y fue mártir. Los campos de batalla vibraron con sus pasos y abrieron a sus miradas el resplandor de la victoria o el ensangrentado crepúsculo de la derrota. Las cárceles y prisiones encerraron su cuerpo nervioso en inútil afán de doblegar la firmeza y la tenacidad de sus ideales libertarios. Amó y odió con la ternura y la intensidad de un ser que sentía y pensaba con la pasión de un alma inmensa y con las ilusiones de un cerebro prodigioso. Estuvo en el llano y ascendió a la cima de la gloria con la conciencia inalterable de su propio valer, y con la inspiración que nace del más puro amor patrio.

De una fortaleza espiritual indestructible, luchó con tesón en defensa de sus ideas, en pos de sus ambiciones, en procura del bien de sus conciudadanos. "El continuo batallar es propio de la Democracia — dice en ocasión memorable— y al contrario del amilanamiento, debe encender los bríos y despertar los furores y el entusiasmo. Hay que empuñar las armas de la persuasión de nuevo, y empeñarse sin tregua en el predominio de los mejores. La derrota no significa ruina total, porque en la Democracia están todas las virtudes del renacimiento y nuevos días habrán de traer auroras más brillantes". Hermosas palabras que pasarán a la historia nimbadas con el fulgor de la eternidad.

La agitada vida del Dr. Belisario Porras, sus luchas ideológicas y materiales por el triunfo de la Doctrina Liberal, sus campañas políticas de

vigor y arrojo inusitados, su ascenso al Poder y el ejercicio de éste en forma próspera, sus triunfos y sus derrotas, sus cualidades de gran patriota y sus defectos de ser humano, todo, todo esto resurge en el Centenario de su nacimiento con profunda intensidad. Y el pueblo panameño, que palpó en la realidad el transcurrir de este hombre extraordinario, que supo apreciar en vida el valor de su personalidad, y hoy clama por su retorno milagroso, se adelanta al porvenir, predice el fallo de la posteridad, y proclama a conciencia con la intuición de lo infalible, que Belisario Porras, en su vida y más allá, es el hijo predilecto de esta tierra y la más fiel encarnación de la Patria Panameña.

Conciudadanos; repasad, los que le conocisteis, la existencia ejemplar de éste eximio istmeño, enseñadla a vuestros hijos y a los hijos de vuestros hijos, inspiraos en sus virtudes, comprended sus debilidades, imitadlo en su patriotismo y en su abnegación como servidor público. Recordad su paso trascendental por la Presidencia de la República; enumerad no sólo las múltiples obras materiales que dejó para vuestro beneficio, sino también las producciones maravillosas de su pluma y los hermosos pensamientos de sus palabras; disfrutad del provecho de las sabias y bienhechoras instituciones que se fundaron gracias a su energía, a su honradez y a su gran visual de estadista. Y guardad, por último, respetuoso recogimiento al rememorar los últimos días del gran patricio, que transcurrieron nimbada su noble figura por venerables canas, agobiado su cuerpo por un fragoroso vivir, siempre animado su espíritu por la satisfacción del deber cumplido con exceso, y ostentando todo él, con justo orgullo, el manto de la más humilde pobreza y de la más elevada dignidad.

Conciudadanos: hace hoy cien años nació el Dr. Belisario Porras. Descubridlo reverentemente.

Panamá, 28 de Noviembre de 1956.

LA COMISION ORGANIZADORA.

Presidente,
ANGEL L. CASIS.

Vice-Presidente,
BERNARDINO GONZALEZ RUIZ.

Vocal,
PUBLIO A. VASQUEZ.

Vocal,
EDUARDO McCULLOUGH.

Vocal,
FELIX E. LUCIANI L.

Vocal,
DEMETRIO A. PORRAS.

Secretario,
ENRIQUE J. SOSA.

Coordinador,
JUAN ANTONIO SUSTO.

PROGRAMA

de los actos conmemorativos del Centenario del Nacimiento del Doctor Belisario Porras

LUNES, 26 DE NOVIEMBRE:

- 8:00 p.m.: Velada cultural en el Teatro Nacional, organizada por la Escuela Belisario Porras. Orador: don Catalino Arrocha Graell.

MARTES, 27 DE NOVIEMBRE:

En el curso del día 27 de noviembre, los profesores y maestros de toda la República, dictarán una clase sobre la vida y la obra del Dr. Porras.

- 7:30 p.m.: La Comisión Organizadora encenderá una lámpara votiva ante el Monumento del Dr. Belisario Porras. Una alumna de la Escuela Profesional dirá una "Promesa de la Juventud". Desfile de antorchas del Cuerpo de Bomberos, ante el Monumento.
- 8:00 p.m.: Acto cultural en la Universidad de Panamá. Inauguración de un busto del Dr. Belisario Porras. Discurso por el Excmo. Sr. Presidente de la República, Don Ernesto de la Guardia Jr.

MIÉRCOLES, 28 DE NOVIEMBRE:

- 6:00 a.m.: Dianas por las Bandas de Cornetas de la Guardia Nacional, del Cuerpo de Bomberos y de los Colegios Públicos y Privados.
- 7:30 a.m.: Las estaciones de radio tocarán el Himno Nacional y leerán una Alocución de la Comisión Organizadora. Los periódicos publicarán una página especial sobre el Dr. Belisario Porras.
- 7:30 a.m.: Misa campal en el Hospital Santo Tomás, ofrecida por la Escuela Profesional.
- 8:00 a.m.: Peregrinación a la tumba del Dr. Porras, organizada por la Escuela "Belisario Porras". Orador: Dr. César Quintero.
- 11:00 a.m.: Sesión Solemne del Concejo de Panamá. El orador, Dr. Bernardino González Ruiz, ofrecerá al Concejo en nombre de la Comisión Organizadora, un cuadro al óleo del Dr. Porras, obra del pintor Adriano Herrera Barría.
- 4:00 p.m.: Desfile hacia el Monumento del Dr. Porras, desde el Parque de la Catedral.
- 4:30 p.m.: Acto conmemorativo ante el Monumento del Dr. Belisario Porras. Orador: Don Enrique A. Jiménez.
- 8:00 p.m.: Concierto de Gala en el Parque Belisario Porras.

LA COMISION ORGANIZADORA.



Oleo del Dr. Belisario Porras, del pintor francés Charles Bertou, hecho en París en 1923, propiedad de doña Alicia Castro viuda de Porras.

Leyes y Resoluciones

SOBRE HONORES AL DR. BELISARIO PORRAS LEY NUMERO 107

(DE 1º DE FEBRERO DE 1943)

“por la cual se honra la memoria del Doctor Belisario Porras”.

LA ASAMBLEA NACIONAL DE PANAMA, CONSIDERANDO :

Que el día 28 de Agosto de mil novecientos cuarenta y dos, dejó de existir en esta ciudad el doctor Belisario Porras;

Que el Doctor Porras desempeñó en tres períodos distintos la Primera Magistratura del País, y que en el curso de su larga y gloriosa carrera pública ocupó otros puestos importantes y destacados desde los cuales prestó a la nación valiosos servicios, dejando siempre huella luminosa de su clara inteligencia, de su honradez y su acendrado patriotismo;

Que es deber de la Nación honrar la memoria de los buenos servidores que como el doctor Belisario Porras contribuyen a su verdadero prestigio y engrandecimiento,

DECRETA :

Artículo 1º. Lamentar la desaparición del ilustre estadista doctor Belisario Porras y reconocer los valiosos servicios que este eminente ciudadano le prestó a la Patria en múltiples actividades.

Artículo 2º. Como merecido homenaje a su memoria, el barrio denominado “La Exposición” que constituyó la piedra angular de sus afanes por el saneamiento, urbanización y enllecimiento de esta ciudad, se llamará en lo sucesivo “Barrio Belisario Porras”.

Artículo 3º.—Se autoriza al Poder Ejecutivo para que contribuya con fondos nacionales hasta cubrir la diferencia que resulte entre lo que se colecte por contribución popular y el costo, un monumento que se erigirá en su memoria en el sitio que el Poder Ejecutivo determine.

Artículo 4º.—Facúltase al Poder Ejecutivo para que trate de aliviar en la forma que estime más conveniente, la situación económica de la viuda del doctor Belisario Porras.

Artículo 5º. Envíese un ejemplar de la presente Ley, con firmas autógrafas, a la viuda e hijos del doctor Belisario Porras.

Artículo 6º. Esta ley regirá desde su promulgación.

Dada en la ciudad de Panamá, a los diez y nueve días del mes de Enero de mil novecientos cuarenta y tres.

El Presidente,

ARCADIO AGUILERA O.

El Secretario,

G. Sierra Gutiérrez.

República de Panamá.—Poder Ejecutivo Nacional.—Panamá, Febrero primero de mil novecientos cuarenta y tres.

Comuníquese y publíquese.

RICARDO ADOLFO DE LA GUARDIA.

El Ministro de Gobierno y Justicia,

Camilo de la Guardia Jr.

(Gaceta Oficial, N° 9018 de 5 de Febrero de 1943).

LEY NUMERO 42

(DE 17 DE DICIEMBRE DE 1953)

“por la cual se declara Monumento Nacional el sitio donde nació el Doctor Belisario Porras en la ciudad de Las Tablas, Provincia de Los Santos y se ordena la construcción de un Palacio que se denominará “Palacio Belisario Porras”.”

LA ASAMBLEA NACIONAL DE PANAMA, CONSIDERANDO :

Que el Honorable Concejo Municipal de Las Tablas, mediante Resolución N° 11 de 3 de Noviembre del presente año declaró inadjudicable el sitio donde nació el Dr. Belisario Porras y solicita de esta Honorable Asamblea Nacional que declare Monumento Nacional el referido solar ordenándose a su vez la construcción de un Palacio que lleve su nombre;

Que el Doctor Belisario Porras preclaro hijo de la ciudad de Las Tablas ha sido consagrado por esta corporación como el “Presidente del Cincuentenario” en reconocimiento de haber sido él quien sentó las bases de las instituciones fundamentales de la República;

Que es deber de esta Asamblea honrar y perpetuar la memoria de tan integérrimo ciudadano quien puso en marcha el progreso y la cultura del país;

DECRETA :

Artículo 1º—Declárese Monumento Nacional el sitio donde nació el Doctor Belisario Porras en la ciudad de Las Tablas, Provincia de Los Santos.

Artículo 2º—Ordénese la iniciación, tan pronto las condiciones económicas del Tesoro Nacional lo permitan de la construcción de un edificio recordatorio que se llamará “Palacio Belisario Porras” que estará ubicado en el solar donde existió la casa donde nació el Dr. Belisario Porras, frente al Parque que lleva su nombre, en la Avenida Central de la ciudad de Las Tablas.

Artículo 3º—El “Palacio Belisario Porras” será una estructura de concreto armado, de planta baja y un piso alto con fachada igual en proporciones, a la del edificio del Archivo Nacional de la ciudad de Panamá, obra del ex-Presidente Porras.

Artículo 4º—El edificio mencionado se dividirá en su planta baja en dos secciones: Una se destinará a Biblioteca Pública y la otra a un Museo Municipal que contendrá las reliquias consistentes en vestidos, uniformes, armas, medallas, insignias, diplomas y objetos de uso personal del Dr. Belisario Porras que pueden ser habidos para ese fin. En la planta alta funcionará el Cabildo y las oficinas de la Municipalidad de Las Tablas.

Parágrafo: En el vestíbulo del edificio se instalará el busto en mármol del insigne repúblico que en la actualidad se encuentra en la ciudad de Las Tablas

Artículo 5º—Esta ley comenzará a regir desde su sanción.

Dada en la ciudad de Panamá a los dieciséis días del mes de Diciembre de mil novecientos cincuenta y tres.

El Presidente,

ROGELIO ROBLES M.

El Secretario General,

G. Sierra Gutiérrez.

República de Panamá.—Órgano Ejecutivo Nacional.—Presidencia.—Panamá, 17 de Diciembre de 1953.

Comuníquese y Publíquese,

JOSE A. REMON CANTERA.

El Ministro de Educación,

Víctor C. Urrutia.

LEY NUMERO 72

(DE 11 DE NOVIEMBRE DE 1956)

“por la cual se declara “Año del Presidente Belisario Porras”, el de 1956. con motivo de cumplirse el 28 de Noviembre de dicho año el centenario de su nacimiento, y se dan facultades al Organo Ejecutivo”.

LA ASAMBLEA NACIONAL DE PANAMA, CONSIDERANDO :

Primero: Que el Dr. Belisario Porras fué uno de los hombres públicos más destacados del país;

Segundo: Que durante los tres (3) períodos que ocupó la Presidencia de la República señaló a su gobierno las normas de los más elevados principios de Democracia;

Tercero: Que esta Honorable Corporación lo declaró en el año 1955 el “Presidente del Cincuentenario”, con motivo de cumplir la República cincuenta (50) años de independencia;

DECRETA :

Artículo 1º—Declárase “Año del Presidente Belisario Porras” el de 1956, con motivo de cumplirse el 28 de Noviembre de dicho año el centenario de su nacimiento y como reconocimiento a sus gestiones patrióticas y democráticas en favor de la República.

Artículo 2º—Facúltase al Organo Ejecutivo para la celebración de una Feria Agro-Pecuaría en la ciudad de Las Tablas durante los días 26, 27, y 28 de Noviembre de 1956, con motivo de la celebración del Centenario del Natalicio del Dr. Belisario Porras.

Artículo 3º—Facúltase al Organo Ejecutivo para crear la Condecoración Nacional de la Orden del “Doctor Belisario Porras” en conmemoración del centenario de su natalicio que tendrá verificativo el 28 de Noviembre de 1956, como un homenaje del pueblo panameño a uno de sus gobernantes más progresistas e ilustres.

Artículo 4º—Facúltase al Organo Ejecutivo para que ordene la emisión de una estampilla cuyos motivos principales serán una efigie del Doctor Belisario Porras y cualquier otro simbolismo que se relacione con la vida de tan ilustre gobernante. Esta estampilla tendrá las denominaciones que disponga la Dirección General de Correos y Telecomunicaciones.

Artículo 5º Inclúyanse en el Presupuesto de Gastos del Ministerio de Obras Públicas y en el Plan de Obras Públicas para el año de 1956 la suma de veinticinco mil balboas (B/. 25.000.00) para la construcción

del PALACIO BELISARIO PORRAS en la ciudad de Las Tablas, de conformidad con lo que ordena la Ley N° 42 de 17 de Diciembre de 1953.

Artículo 6º—Esta Ley comenzará a regir desde su sanción.

Dada en la ciudad de Panamá, a los ocho días del mes de Noviembre de mil novecientos cincuenta y cinco.

El Presidente,

MAXIMO LUQUE.

El Secretario General,

G. Sierra Gutiérrez.

República de Panamá.—Órgano Ejecutivo Nacional. —Presidencia.—Panamá, 11 de Noviembre de 1955.

Ejécútese y publíquese,

RICARDO M. ARIAS E.

El Ministro de Gobierno y Justicia,

Alejandro Remón C.

RESOLUCION No. 2

(DE 5 DE OCTUBRE DE 1953)

LA ASAMBLEA NACIONAL DE PANAMA, CONSIDERANDO :

Que la conmemoración del Cincuentenario de la República ofrece oportunidad honrosa para exaltar y hacer imperecedera en las mentes y corazones de las generaciones futuras, la obra y acción democráticas de sus gobernantes ilustres;

Que es deber de esta Asamblea, honrar como se merece, a los ciudadanos que han logrado un desarrollo progresivo en el bienestar nacional,

RESUELVE :

Consagrar al Dr. Belisario Porras como el Presidente de la República que dentro de los cincuenta años de vida independiente de ésta sentó las bases de las instituciones fundamentales de la República y edificó obras que constituyen hoy, monumentos para la eternidad.

Dada en Panamá a los cinco días del mes de Octubre de mil novecientos cincuenta y tres.

El Presidente,

HERACLIO BARLETTA.

El Secretario General,

G. Sierra Gutiérrez.

NOTA: El autor de la Resolución fué el Honorable Diputado DEMETRIO DECEREGA.

RESOLUCION No. 9

(DE 8 DE NOVIEMBRE DE 1956)

LA ASAMBLEA NACIONAL DE PANAMA.

CONSIDERANDO :

Que en cumplimiento de mandato legal se llevarán a cabo en esta ciudad varios actos solemnes destinados a honrar el centenario del natalicio del eximio ciudadano doctor Belisario Porras, que tendrá lugar el 28 de los corrientes;

Que la memoria de ese esclarecido ciudadano, tres veces Presidente de la República de Panamá, y Embajador en varios países de América y Europa, es acreedora, por múltiples títulos, a la exaltación emocionada de todos los buenos panameños; y

Que procede una vez mas, con el motivo indicado, solidarizarse y ratificar las expresiones de aprecio a las virtudes del insigne Patricio y de afirmación a su Credo democrático que él profesó a cabalidad e inculcó a la generación de su tiempo,

RESUELVE :

Dejar constancia en el Acta de esta fecha de su júbilo por la realización de los actos que habrán de celebrarse el 28 de los corrientes, con el objeto de poner de relieve las brillantes ejecutorias políticas y administrativas de que paradigma indiscutiblemente el doctor BELISARIO PORRAS, y designar una Comisión para que represente a la Cámara en todos los actos oficiales que tengan lugar en la fecha indicada.

Depositar en la tumba del connotado hombre público una corona de flores naturales con una cinta en la cual se imprimirá la siguiente frase de reconocimiento: "La Asamblea Nacional al esclarecido varón y egregio estadista panameño. en el día del centenario de su nacimiento".

Dada en la ciudad de Panamá a los ocho días del mes de Noviembre de mil novecientos cincuenta y seis.

El Presidente,

MANUEL R. ARIAS E.

El Secretario General,

FRANCISCO BRAVO A.



Maqueta de la estatua del Dr. Belisario Porras, que forma parte del monumento existente en la Plaza de Francia, en la ciudad de Panamá, obra del escultor español Victorio Macho.

BOCETOS BIOGRAFICOS

EL CAUDILLO DE LEVITA

Por ROQUE JAVIER LAURENZA

Ha sido aquí, frente a la bahía de Guanabara, que él admiraba un día acompañado del Barón de Río Branco, que un amigo me ha dado, hace unos momentos, la noticia de la muerte del Doctor Porras. El telón del tiempo ha caído inexorablemente sobre la última escena de una época. Ya no se verá más por nuestras calles al viejo caudillo de levita gris, sombrero en mano, siempre saludando, ni se escuchará a las gentes murmurar, al responderle, "ahí va el Doctor, ahí va el Doctor", como el eco cordial que despertaba el paso del dandy octogenario.

Fin de una época, nota final de un aria, última frase de un capítulo de historia, la muerte del Doctor Porras cierra una parte de la vida política y sentimental del Istmo y deja a los panameños un poco más huérfanos de las cosas de ayer. Así es la vida. Con cada nueva muerte familiar, algo muere en nosotros también y sentimos, con más dolorosa certeza que nunca, que vamos envejeciendo y que nada detiene la caída irremediable de las hojas secas de los días. Esa sensación, que se repite en cada hora de duelo, se intensifica más cuando el que muere ha sido fiel imagen de un pueblo, vivo resumen de un momento de su historia. ¿Hay alguien, por ventura, que pueda imaginarse al Panamá de hace cuarenta, treinta o veinte años sin la figura del Doctor? ¿No fué su nombre el que escuchamos siempre en labios de nuestros mayores para las diatribas y para los elogios, para culparlo por las malas horas o elogiarlo por los buenos tiempos? ¿No fué él, acaso, el poderoso taumaturgo en cuyo honor las gentes del campo encendían lámparas votivas para que su numen tutelar les fuera propicio y el mismo a quien se acercaban las de la ciudad para que decidiera, con un golpe de su vara mágica, los conflictos íntimos? Júpiter de levita, dueño indiscutible de la vida pública y privada de los panameños, sólo le faltó trocar sus prosaicas ropas burguesas por la túnica solemne de un dios antiguo.

De 1856 a 1942, cuántos hechos, cuántos recuerdos! Lejos quedan ya

los días tumultuosos de Correo y Aizpuru, del General Albán y el General Herrera, de Carlos Mendoza y Eusebio Morales, de Ramón Valdés y Rodolfo Chiari, y aquellas horas inquietas y preñadas de futuro de comienzos del siglo y las de los años de 1910, 1916, 1920. Ya podemos ver esas imágenes de nuestro inmediato pasado con la amplia perspectiva que ofrece el tiempo. Los cuadros históricos se forman, se organizan, obedeciendo al pincel mágico de ese gran pintor que es el destino. Verlos en conjunto, armoniosamente, como grandes lienzos de un museo, melancólica recompensa con que la vida paga el ir mutilando nuestros corazones!

Yo recuerdo ahora, después de dieciocho años, la primera vez que ví al Doctor Porras. Fué en la inauguración del Hospital Santo Tomás. Yo solía vagar por las playas de Bella Vista durante las horas en que mi familia me creía en la escuela. Una mañana ví a numerosas gentes reunidas frente al nuevo hospital. Un hombre de levita gris, cabellos blancos, blancos bigotes boogones y tez rosada leía un discurso. Era el Doctor. Explicaba a los presentes que había ordenado construir ese hospital porque un amigo suyo (su amigo "Toto, que era alto, rubio, musculoso y fuerte") no había querido ir al antiguo centro de salud "porque estaba cerca del cementerio". Se había negado rotundamente. El Doctor encontró justificadas razones de su negativa, y dispuso entonces que se empleasen unos cuantos millones en la construcción de un moderno hospital, de modo que todos los Totos de Panamá pudiesen ir a remediar sus dolencias, sin tener frente a los ojos la sombría visión de ese lugar postrero donde mármoles y cruces anuncian el severo reino de la muerte.

Esa imagen lejana se une hoy, en la *saudade* del recuerdo, a la de la última vez que ví al Doctor Porras. Ya Ricardo Miró estaba mortalmente herido por la enfermedad tenaz, y sólo abandonaba su habitación por breves momentos. Una tarde, Rodrigo Miró y yo examinábamos unos libros nuevos cuando, de pronto, sin anunciarse, apareció el Doctor Porras en la sala, acompañado de su esposa. "Vengo a ver a Ricardo, hombre, al pobre Ricardo", dijo a guisa de saludo. El poeta salió a recibirlo y los dos viejos amigos se abrazaron conmovidamente. "Estás muy bien, Ricardo, estás muy bien", decía el viejo caudillo al poeta enfermo, como queriendo transmitirle el secreto de su propia juventud perenne, de esa fuerza suya que le permitía, pasados los ochenta años, subir por dos largas escaleras, sin cansarse, hasta el piso de la familia Miró. Doña Alicia conversaba con la esposa y las hijas del poeta. El Doctor, Miró, Rodrigo y yo formábamos un grupo aparte en el balcón. Caía la tarde. A lo lejos, se alcanzaba a ver el lindo panorama de la bahía del Mercado, como

la estampa primorosa de un abanico de colores fuertes. "Mira. Ricardo, allá está mi Exposición, hombre, y mi Hospital, mi elefante blanco, hombre", decía el caudillo. "Lástima que no pueda volver a la Presidencia. Pondría en práctica unos proyectos que tengo, grandes proyectos..." El poeta fumaba, en silencio, lleno de recuerdos. "Qué lástima hombre! Sin embargo, hemos hecho algo, Ricardo. Tú tienes los "Preludios"; yo tengo estas cosas..." y el Doctor extendía los brazos como queriendo abarcar toda la ciudad de Pedrarias. En ese momento, Rodrigo le escuchó murmurar una frase latina, entre dientes, surgida del fondo de su memoria de bachiller de San Bartolomé. Quizás sería el orgulloso *Nom omnis moriar*, no he de morir del todo, dicho con la justa jactancia de quien construye los propios monumentos a su fama. Después de un rato, Doña Alicia se acercó a nosotros para decir al anciano político que ya era tiempo de despedirse. Y en ese momento, como un truco dispuesto por un invisible director de escena una bandada de pájaros cruzó frente a nosotros, en vuelo tembloroso. "Tus gaviotas, Ricardo, tus gaviotas!" — exclamó el Doctor. Miró, sonrió tristemente. Y como en los viejos días de la Presidencia, en aquellas animadas tertulias del Palacio de las Garzas, cuando el Doctor se paseaba por los salones apoyado en el hombro de Bertin Mina o en el del mismo Ricardo Miró, el caudillo de levita se apoyó ligeramente sobre el hombro del cantor de *Lia* para murmurarle en voz baja, con melancólico dejo: "Mi poeta, hombre, mi poeta!" — y se quedó mirando el viejo paisaje familiar de la bahía que los dos vieran una vez, unidos en las horas triunfales de la edad madura, y que volvían a ver de nuevo, otra vez juntos, en la hora triste y sin remedio del ocaso.

Como suele acontecer con los hombres que por su propio esfuerzo alcanzan el poder político y que se convierten en el objeto constante y reiterado del homenaje de sus conciudadanos, el Doctor Porras llegó a pensar que el Gobierno era algo que le pertenecía por derecho propio, por galantería del destino, como diría Bueno do Prado, y que el pueblo panameño no era otra cosa que la prolongación de su propia familia. "Mi Hospital... Mi Exposición... Mi poeta..." Aún después de abandonar la Presidencia, el Doctor siguió considerándose el árbitro supremo de Panamá y estaba sinceramente convencido de que Ch'ari y los demás Presidentes eran solamente los tolerados Virreyes que administraban por él y en su nombre el pequeño reino tropical que le pertenecía. ¿No se paseaba acaso por nuestras calles con un aire orgulloso de Rey en exilio? De ahí le venía tal vez esa fuerza que le mantenía invencible a pesar de las humillaciones y las derrotas que sufrió en su larga vida política, como el precio indiscutible que él pagaba por sus constantes triunfos y reno-

vadas glorias. ¿Qué otro político panameño hubiese podido sobrevivir políticamente a la pérdida de sus derechos de ciudadano? ¿Quién hubiera podido, como él, sobrepujar la terrible oposición de 1921 y 1922? Frente a las amenazas, frente a los peligros, ante los aplausos y los homenajes, Porras sonreía, escéptico, superior, porque, pensaba, como suelen pensar los Reyes en días de peligro, que los pueblos son criaturas caprichosas que construyen un día Versalles y Alcázares para sus soberanos para intentar levantar, a la mañana siguiente, quillotinas y picotas sobre la plaza pública, y que todo estriba en saber manejar, con sabia y maestra mano, las riendas del poder de modo que solo se ocupen de lo primero y olviden lo segundo. Rey sin corona, y fiel amigo de las citas clásicas, al Doctor le hubiese gustado seguramente que se pusiera, bajo su nombre, en el mármol de la tumba, aquello que D'Aubigné dijo de Enrique IV: "Digne du royaume s'il n'eut point régné". Pero tal vez el viejo Bachiller de Bogotá, recordando sus queridos latines, nos hubiese corregido, con exacta erudición bartolina, y nos hubiese dicho: "Eso es una paráfrasis, hombre! Me gustaría más lo de Tácito; lo de mi querido Tácito que decía: Imperii capax nisi imperasset!

En nuestra historia, el caso del Dr. es único. Entre las primeras figuras de la política panameña de estos años pasados, ninguna guarda con él marcadas semejanzas psicológicas. Buscarle un paralelo histórico no es cosa fácil. En cuanto al mecanismo sentimental, talvez podría ser... Digamos, con Núñez. Pero sólo allá, en el fondo recóndito, donde están las fibras del alma, en cuanto a lo puramente psicológico, como dos relojes de la misma alta finura y precisión se pueden parecer, aunque marquen horas distintas y sus dueños caminen bajo signos contrarios. Pero tampoco. Quizás, en un plano ya mundial, con las inevitables diferencias de escenario, ideas, etc., el paralelo psicológico sea más exacto con Disraeli, el Lord de Beaconsfield. Como Disraeli conoció terribles dramas íntimos y se vió cubierto de los mayores insultos y de los más exaltados elogios. Lo mismo que Disraeli fué profundamente honesto. A él también sólo le interesaba el libre ejercicio del poder, la docilidad de los hombres y los partidos, como instrumentos de su voluntad de Capitán y de Adelantado. Porras también, lo mismo que el gran Primer Ministro, aprendió a ser orgulloso cuando quisieron enseñarle a ser humilde. Era igualmente escéptico y tenía, en el fondo, un cierto desdén por los hombres y una gran opinión de sí mismo. Como Disraeli llegó a ser lo que fué porque él era él y nada más. Porras fué el heredero de Porras, fué el Pigmallón y la Galatea de sí mismo, así como Disraeli se fué formando él mismo a imagen y semejanza de Disraeli; perandellianamente, Porras fué un personaje crea-

13. 1

do por un novelista que se llamó Belisario Porras. Le faltó, sin embargo, odiar tan profundamente o despreciar tan elegantemente como Disraeli. Y no tuvo tampoco el dón que él más admiraba el de un estilo literario de primer orden y que dió al Cisne de Hunghenden la lira de Apolo junto al laurel de César.

Por todas estas paradojas de su carácter, por los muchos errores y los muchísimos aciertos de su carrera, por los contrastes y los matices de su personalidad robusta, la biografía del Doctor exigirá habilidades diversas para escribirla: método flexible y espíritu ágil, y una pluma de punta fuerte y a la vez delicada. Ni el frío resumen cronológico ni el exaltado elogio de su vida; ni el ditirambo ni la diatriba. No la estatua de bronce o mármol, de actitud fija, sino el retrato al óleo de diversos cambiantes; ni el metal ni la piedra, sino los colores opuestos y a la vez correspondientes del arco-iris. En lugar del cincel de trazos definitivos y firmes, el cincel dúctil que puede utilizarse con mano fuerte pero también con suavidad de pluma.

No se puede hacer un retrato del Doctor Porras con solo un color. ¿Cómo reflejar, entonces, al hombre diverso, que fundó escuelas, abrió caminos y construyó hospitales y sometía, al mismo tiempo, a sus enemigos vencidos a las horas caudinas de las visitas a la Presidencia? ¿A un ser así, tan complejo y cambiante, cómo aprisionarlo con sólo un acento, con sólo una pincelada, con sólo un golpe de cincel? Por otra parte, la biografía del Doctor Porras tiene que ser algo así como un Retrato con un pueblo al fondo. Al par que los trazos individuales del caudillo de levita, hay que pintar también el escenario en que se movió aquel hombre. Quien intente escribir la biografía de Porras, deberá ir trazando, a lo largo de los distintos episodios de la vida del Doctor, las graciosas estampas de ese Panamá de ayer con su Plaza de Santa Ana, turbulenta y alegre, y su cantina de *La Plata*, llena de recuerdos, con su Llorent verboso y sus liberales viejos.

Quizás, así, pueda lograrse reflejar la imagen del ilustre hijo de Las Tablas, de quien fué, sin duda, la mejor estrella de nuestro escenario político, Nijinsky indiscutible de ese primoroso ballet que fué nuestra primera época republicana, donde él reinó como una Cecile Sorel de juventud eterna. Cinco generaciones de panameños le vieron surgir desde el anónimo hasta las cumbres del Poder. Durante muchos años, en Panamá no se escuchó otra cosa que no fuera su nombre; su nombre repetido por tírios y troyanos, con acentos de amor unas veces, con acentos de odio las otras, pero siempre su nombre, como esas frases que forman el *leit-motiv* de una sinfonía y que, a lo largo de los varios movimientos, van indican-

do la presencia del tema en el son vibrante de los metales, en el largo y lento de los *cellos* en el dulce y melódico de los violines.

Ojalá se pueda contar más tarde con los papeles privados y con el archivo del Doctor, ese temido "archivo de la dignidad nacional", como él lo llamaba con vanidad no escondida y que es algo así como el almanaque Gotha de nuestra política. Ojalá su familia permita que las Memorias inéditas que el Doctor decía tener puedan ser consultadas por futuro biógrafo. Muchos secretos de su complicado mecanismo psicológico se conocerían entonces, pues quién sabe si Porras, conversando a solas con Porras, se reveló así mismo algunas de las complejidades de su carácter y su corazón. Tal vez podríamos, así, verlo de cuerpo entero y a través de los rayos X de esa confesión a la posteridad que son las Memorias, género solitario que cultivan los de fuerte orgullo. Conoceríamos mejor a este hombre que utilizaba a los enemigos y a los amigos como instrumentos de su voluntad y para quien los unos y los otros fueron tan necesarios como las sístole y la diástole de su corazón de hombre público. Porque no es pecar de epigramático el decir que tan porristas fueron sus partidarios como sus opositores. Tan porrista fué don Francisco Arias Paredes como lo fuera don Enrique A. Jiménez, por ejemplo. El Doctor necesitaba de los dos, se apoyaba en los dos. Arias y Jiménez: violín de dos cuerdas; melodía y contrapunto conque se expresaba este Paganini de la política, este virtuoso de los sentimientos. Los que le conocieron saben que él era así. ¿Qué hubiera hecho el doctor, en las tertulias de los domingos, si no hubiese tenido frente a sí a un enemigo tan fiel, tan digno, tan viril y desafiante? ¿Sobre qué hombro se hubiese reclinado entonces para lamentar "esos ataques, hombre, esos ataques"? Porras hubiera creado la Oposición por Decreto, siguiendo los impulsos de una necesidad psicológica, si no la hubiese encontrado espontáneamente formada.

Quizás está aquí el aspecto más interesante del carácter del Dr. Porras. Porque tal vez también no sea aventurado decir que él guardaba, en el fondo de su corazón, igual gratitud por los editoriales de don Samuel Lewis que la que sentía por los de Cristóbal Rodríguez. Porras pensaba, como Oscar Wilde, que el silencio, es la forma peor del insulto. Como en las tragedias clásicas, él exigía el amor o el odio. Siempre una pasión cálida y fecunda. Y así, entre el ditirambo y la diatriba, entre el halago y el vejámen, entre los aplausos y los silbidos, Porras estaba como el pez en el agua, en su elemento, porque solo temía a la soledad y a la indiferencia, esa antesala del olvido.

Así era Porras. Así fué toda su vida. Genio y figura hasta la sepultura, como dice el viejo decir español.

Río de Janeiro, Septiembre 5 de 1942.



Monumento al Dr. Belisario Porras, en la Plaza de su nombre, en la ciudad de Panamá, obra del escultor español Victoriano Macho, inaugurado el 20 de Junio de 1948.

AL PIE DE LAS ESTATUAS

Por FRAY RODRIGO

*“Yo —vivo o muerto, pero serena la memoria—
iré en la tibia noche hasta tu soledad
y aguardaré en el hondo silencio, la ilusoria
gracia de oír tu acento desde la eternidad”.*

RICARDO MIRO.

La luna, bajo el embrujo de la noche serena y alta, se ha disuelto en un derroche intocable, se ha persignado frente a las cruces de las torres impecables de las iglesias, se ha colado por entre las ramas de los árboles hastiados de sol, se ha echado a soñar sobre los jardines florecidos, se ha alargado por la cinta quebrada de las calles, se ha acurrucado en todos los rincones y se ha abierto como un enorme abanico de plata sobre esta plazoleta que si un día se vanaglorió de lucir en sus anchas espaldas la figura inconfundible del Manco de Lepanto hoy se enorgullece de ser pedestal incomparable para el bronce que está inmortalizando al más grande y al más humano de nuestros hombres: doctor Belisario Porras.

En busca de paz y de silencio para poder hablar conmigo mismo sin que ninguna voz perturbe el diálogo, me detengo al pie de la escalinata del monumento que presenta, entre sus dos columnas que son dos brazos alargados hacia la eternidad, la egregia e imponente figura en bronce del doctor Belisario Porras, el gran Caudillo liberal cuya vigorosa personalidad se resiste al olvido para surgir más dominadora al cumplirse el primer centenario de su nacimiento.

La luna, más clara y suave que nunca las severas líneas del bronce para que brillen más en la noche, juguetea por entre los dobleces del vestido, se vuelve serenidad entre los dedos de la mano indicadora. Baña con fulgores de luz el rostro bondadosamente adusto para enroscarse sobre el mechón de cabellos que acarician la frente noble y pensadora de nuestro más grande conductor de masas....

La imponencia del cuadro me sobrecoge para sentir, en un milagro de música, la maravillosa voz de Ricardo Miró que no se cansa de decirnos:

*“El bronce de los próceres, que perpetuó la gloria
de los que han sido faros ante la Humanidad,
recogerá tu cuerpo y lo dará a la Historia
para que sigas viaje a la Inmortalidad.*

*Yo vivo o muerto, pero serena la memoria—
iré en la tibia noche hasta tu soledad
y aguardaré en el hondo silencio la ilusoria
gracia de oír tu acento desde la Eternidad.*

*Irán otros conmigo. Irá la romería
de todos los que oyeron tu noble acento un día
como un sonoro látigo, vibrando contra el mal;
y veremos, perdidas para siempre tus huellas,
arriba, tu figura constelada de estrellas;
abajo, mi soneto, frente del pedestal”.*

Y cuando las últimas palabras del poeta inolvidable se perdían en el aire, sentí la voz mágica, cautivadora y persuasiva del hombre que arrasó multitudes, que castigó a los soberbios, que estimuló a los humildes y que confiado en la victoria fué grande hasta en sus propias derrotas. Y en la paz de la noche embrujada de luna....

—Qué milagro por esta soledad, Fray Rodrigo!

—No es ningún milagro, doctor! Soy apenas uno de la romería que viene a verlo para que usted les diga su palabra rectora!

—Me extraña. Fray. Por aquí los veo pasar orondos sin acordarse que estoy aquí en una vigilia interminable!

—Pero yo he venido hoy por todos y por los que no vendrán el veintiocho!

—Ya vendrán todos hasta aquellos que me llenaron de improperios cuando negocié estos terrenos de la Exposición! Te acuerdas Fray el alboroto que formaron los que hoy tienen sus lujosas residencias por estos lares? Loco, despilfarrador y otras cosas más que me dijeron entonces....! Y hoy?

—Bueno, doctor: ya hoy han cambiado de opinión y de vez en cuando rezan por usted!

—Eso de rezos! me tiene sin cuidado, Fray Rodrigo. Lo cierto es que los que me criticaron por esta obra hoy están saboreando las frutas maduras. Mira Fray: allí está la Cancillería, otros Ministerios, Bancos, Compañías de Seguros, Teatros, embajadas, consulados, clínicas, colegios y mi Hospital Santo Tomás!

—Todo eso está immortalizando su labor como estadista y como previsor!

—Pero me insultaron, me vejaron y se burlaron de mí cuando deci-

dí la construcción del Santo Tomás!

—Fueron sus enemigos que no querían admitir nada bueno de sus administraciones. Pero sus amigos le aplaudieron y le alentaron!

—El Elefante Blanco! Recuerdas que así llamaron al hospital cuando se construía? Para qué, decían, levanta una casa de salud tan enorme el doctor Porras? Y hoy.... hoy.... hoy no caben los enfermos allí, mi querido Fray Rodrigo!

- Y decían que Ud. estaba derrochando los dineros nacionales!

- Tonterías! Después de terminado el Hospital se han gastado estúpidamente allí muchos millones de balboas.... y nadie dice nada!

- Porque todo el mundo mete la mano, doctor! Si Ud. hubiera podido disponer del dinero que han logrado muchos de sus colegas....

—Les hubiera vuelto la República una tacita de oro.... Y a propósito Fray: cómo están las cosas por allí?

De mal en peor, doctor!

—Y nuestra gente, qué hace por componer la cosa?

—Cuál gente, doctor?

—Los liberales, Fray, los liberales! Mis liberales!

—Sus qué.... doctor?

—¡Mis liberales!

—No los conozco!

—Quieres decirme con eso que se acabaron mis liberales?

- Los de su escuela, sí. Los que se dicen liberales por allí son apenas.... apenas....

- Termina, Fray.... Son apenas.... qué?

- Mejor es callar en este caso, doctor. Si le digo lo que está pasando, se vuelve una gran mentira esto de la celebración de su centenario.

—Es tan grave la cosa, Fray?

—Ud. comprenderá, doctor.... Ya no tenemos un Pablo Arosemena, un Carlos Mendoza, ni un Rodolfo Chiari, ni un Helodoro Patiño, ni un Guillermo Andreve, ni un Domingo Díaz, ni un Pedro Vidal, ni un Carlos Laureano López....

—Entonces, qué tienen?

—Nada!

—Pero mis liberales, mis legiones luchadoras, mis huestes orgullosas, mis... mis... mis liberales, qué se han hecho Fray?

—Doctor: el liberalismo murió con usted, con Chiari, con Andreve, con López....

—Pero eso es imposible!

—Bájese del pedestal y vaya a buscar a aquellos liberales que dejó con la gloriosa bandera roja en las manos y no encontrará ni liberales ni bandera!

—Ha venido usted a hacer más dura mi soledad?

—No doctor; es que la verdad es la verdad.

—Y como verdad, creo en el derrumbe de los ideales por los que tanto luchamos Chiari, Mendoza y yo! Mi liberalismo, el ideal de mi vida, el que me alumbró el camino que me llevó a marcar rumbos de prosperidad para mi país, ha muerto?

—Usted lo ha dicho doctor, pero Ud. sigue siendo el gran Caudillo!

—General sin soldados?

—Usted tuvo soldados pero desertaron con su muerte!

—Pero si yo no he muerto!

—No; usted vive en el corazón de los buenos panameños que están sintiendo la ausencia de un hombre como usted, doctor!

—Cortesías tuyas, Fray! De mí ya no se acuerda nadie y si no fuera por esto del centenario, ni en este noviembre se acordarían de ponerme unas florecitas aquí....

—No diga eso doctor! Si hay alguien de quien siempre se recordará el pueblo panameño es de usted!

—Claro! Se acuerdan de mí porque les hice carreteras; les dejé el Hospital Santo Tomás; les dejé La Lotería Nacional de Beneficencia; les dejé los Archivos Nacionales; les dejé el Registro de la Propiedad y el Registro Civil; les dejé escuelas; les dejé este barrio de La Exposición y les dejé....

Y nos dejó también una herencia que no hemos podido conservar: el Liberalismo....

--Porque en Panamá, quién sabe por qué razones, lo que no produce riquezas inmediatas particulares, se tira contra el suelo....

--Por eso hay tanta gente rica de la noche a la mañana....

—En mis tiempos no pasaba eso.... Sin embargo decían que yo me robaba todo, que tenía de todo y que estaba, como dicen ahora, bien fondeado....

—Doctor!

—No hay doctor que valga, Fray! Ya sabes que cuando me separé de usted apenas tenía para vivir decentemente!

—Así lo hemos reconocido ahora, doctor!

—Todo el lodo que trataron de echarme encima lo han tenido que ir quitando poco a poco! Nadie mejor que el tiempo lava para siempre la calumnia y la injuria!

—Estoy convencido de eso, doctor!

Y los que me criticaban injustamente qué dirán hoy ante lo que está pasando?

Ni una palabra. Hoy están gozando de su obra y hasta dicen que ha sido el mejor de nuestros Presidentes!

—Claro! Como que hoy están viviendo decentemente. Les abrí las puertas de la prosperidad a pesar de que se opusieron a ello!

—Cuando usted lo dice.... lo sabe!

--Porque nada de lo que hice por ustedes fué flor de un día! Todo lo mío está allí.... Trabajé para el futuro y el futuro no me ha defraudado....

Olvide eso doctor.... Hoy es su gran día y todos, tirios y troyanos le rendirán pleitesía....!

—Ciertamente que así ha de suceder pero con todo eso, tengo una enorme desilusión que hace más amarga mi soledad....

—Desilusión, doctor?

—Exactamente! No se acuerda Fray que cuando estuve enfermo no hubo para mí la misericordia de un cuarto en el Santo Tomás que fundé para todos los panameños?

— Doctor!

--La verdad, la amarga verdad, la verdad inolvidable....

Y con la última palabra se escondió la luna, dejó en las sombras de la noche serena y alta un hondo silencio que se rompió cuando posando su pesada mano sobre mi hombro, la voz de un Guardia me advirtió:

—Caballero: en este Parque no se puede dormir....

(Año de Belisario Porras.)

DR. BELISARIO PORRAS

Por ERNESTO J. CASTILLERO R.

Entre la pléyade de ilustres varones nacidos en el Istmo en el siglo pasado y que asumieron en el corriente la dirección del Estado, la figura del Dr. Belisario Porras se destaca de manera sobresaliente, tanto por su talento y por su actuación política como por el dinamismo constructivo desarrollado durante su actuación gubernamental desde la Presidencia de la República, que ha dejado huellas en la nación que harán perdurar su nombre con caracteres de inmortal.

Tuvo la fortuna la ciudad de Las Tablas de ser la cuna de tan distinguido ciudadano, quien vió la primera luz en ella el 28 de noviembre de 1856, hace precisamente una centuria. Su educación la recibió en la capital de la República de Colombia, cuya Universidad Nacional le confirió el título de Doctor en Derecho y Ciencias Políticas antes de cumplir los veinticinco años, en 1881.

Inió su brillante carrera pública el joven jurisconsulto con el cargo de Cónsul de Colombia en Bruselas, lo que le dió oportunidad de realizar un largo viaje de estudio por Europa. De regreso a la patria, fué: Diputado a la Asamblea Legislativa, Abogado de la Compañía del Canal Interocéánico, Magistrado de la Corte Suprema y Profesor. Volvió a Europa con el cargo de Adjunto de la Legación en Roma; luego fué Catedrático de Derecho Internacional y Diplomático en El Salvador, Codificador en Honduras y Profesor en Nicaragua y Guatemala, etc. En Panamá fué Consejal, Delegado a varios congresos internacionales, representante diplomático ante distintos gobiernos de países extranjeros.

Enumerar los muchos cargos públicos desempeñados por el Dr. Porras, los honores de que fué objeto, las misiones de toda naturaleza que se le encomendaron y las magníficas obras de progreso realizadas por su iniciativa, sería para llenar muchas páginas de la historia patria.

Jurisconsulto notable, orador brillante, escritor atildado, legislador y polemista, tuvo la fortuna de reunir en su persona dotes sobresalientes de pensador y de estadista que lo colocaron entre los varones prominentes de la América Latina. Estas cualidades excepcionales le condujeron a ocupar en nuestro país el más elevado cargo que una nación concede a sus líderes: la Presidencia de la República, que desempeñó en tres ocasiones por el querer casi unánime de la ciudadanía. En efecto, fué elegido a la Primera

Magistratura en 1916 por las Asambleas Electorales de las Provincias, para un período de cuatro años; en 1920 por la Cámara Legislativa, como Primer Designado, para sustituir al Presidente titular, Dr. Ramón M. Valdés, prematuramente fallecido, por dos años; y en 1924, por el voto directo del pueblo, para otro período constitucional de cuatro años.

En su larga y activa vida pública, el Dr. Porras desató a su alrededor grandes y violentas pasiones. Puede decirse que ha sido el caudillo más combatido y más ensalzado de nuestra democracia. En tanto que sus enemigos políticos le adversaban con acrimonia, el pueblo que lo amaba por esa fuerza de atracción peculiarísima en él y que hacía olvidar sus defectos para admirar y apreciar sus excelsas dotes de mandatario ilustrado, le seguía con entusiasmo y decisión, como siguieron a Cristo sus discípulos, firmes en la fe de su doctrina por el poder milagroso de su apostolado.

No es posible en unas cuantas cuartillas hacer siquiera una enumeración de las múltiples y grandes realizaciones que llevó a cabo como gobernante. Todas fueron para el bienestar nacional y testimonian el inmenso progreso que imprimió en pocos años al país. Telégrafos, carreteras, hospitales, escuelas, puertos marítimos, ferrocarriles, edificios públicos, urbanizaciones, caminos y puentes, en lo material; la codificación nacional, el registro civil y de la propiedad, archivos y leyes sociales, en lo administrativo.

La grandeza de su obra fué de tales proporciones que ningún gobernante posterior, con recursos superiores, ha logrado sobrepasar. Pudo, como humano, cometer errores, pero sus cualidades y virtudes fueron tantas que una vez desaparecido el inclito repúblico, el pueblo panameño no paró mientes en los defectos del hombre, para ensalzar al caudillo y glorificar su memoria, como una retribución merecida a su benefactor que había consagrado la vida, con paternal celo, al bienestar de la nación.

El 28 de agosto de 1942, tras larga enfermedad rindió el Dr. Belisario Porras la postrera jornada en Panamá, a la edad de ochenta y cinco años. Sus funerales constituyeron una elocuente demostración del pesar que sintió la ciudadanía por su inevitable desaparición. Transcurrido un lustro de ese infausto suceso, le fué erigido en la Plaza que lleva su nombre, en el Barrio de La Exposición, el más grandioso monumento de bronce y mármol que adorna la capital de la República, y que es todo un símbolo de su obra como gobernante y de su ideología como apóstol de la democracia panameña. Cabe repetir la emotiva oración que ante la tosa que guarda sus cenizas dijera uno de sus colaboradores, el Licen-

ciado Jeptha B. Duncan: "Belisario Porras fué un ciudadano eximio que supo honrar a su patria y que a su vez fué y sigue siendo honrado por ella. Su obra constructiva de estadista y de gobernante perdura en todas las provincias del país. Fué un prestigioso líder, fué un adicto amigo, fué un hombre grande en todo el sentido del vocablo. Su imagen permanece estampada imborrable en nuestros corazones.... Veamos hoy y siempre en este gran ciudadano al guía, al maestro, al orientador por excelencia. En su recuerdo hallaremos siempre luz para nuestros pasos y hallaremos también fuerza para enfrentar las situaciones que nos depare el destino en el servicio de la Patria".

(Panamá, Noviembre de 1956.—Primer Centenario de su nacimiento).



El doctor Belisario Porras rodeado de indígenas, al inaugurar la Circuncisión de San Blas, en Mayo de 1915. Nótese que por primera vez el caudillo liberal viste traje blanco.



Año 1932. — El Dr. Belisario Porras, cuando desempeña el cargo de Envia-
do Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Panamá en Inglaterra
y Francia. Fotografía de Eug. Pirou, París. Edad: 76 años.

Nuestro homenaje al Dr. Porras

Por JOSE AGUSTIN CAJAR ESCALA

Sin duda alguna, una de las figuras sobresalientes de nuestra vida republicana, es el Doctor Belisario Porras. El sintetiza una época, con sus propios lineamientos, con una filosofía determinada, con un concepto del país y de sus instituciones y con una maquinaria política definida.

Analizar la vida de este gran caudillo, al correr de una crónica periodística es trabajo inaudito, y no pretendemos nosotros hacerlo más que como una apuntación para trabajos de mayor trascendencia que otros intenten.

El Niño.

Belisario Porras nace en la ciudad de Las Tablas, el 23 de Noviembre de 1856, y se levanta, entre los mimos de su abuela, y en contacto continuo con la naturaleza, esa sabia maestra que temple los espíritus sensibles y les desarrolla el instinto de la observación. Allí, bajo la rigida enseñanza de aquel maestro colombiano, ex-militar del batallón "Calibío" Isauro Borrero y de Nemesio Medina, se orientan los primeros senderos del saber, para luego en 1876, abandonar las tierras solares del apacible pueblo santeño, e ir a Bogotá donde habría de reunirse con su padre Dr. Demetrio Porras. Ingresa en la Universidad Nacional, donde había de obtener su título de Doctor en Leyes.

El Revolucionario.

Belisario Porras, irrumpe a la vida pública del país, dentro del torbellino político, en el que los partidos Conservador y Liberal se disputaban con sañas sin igual la dirección de la cosa pública; era la época en que los pueblos sin fé en las instituciones republicanas, sin conciencia clara de la democracia, y contagiados aún con las gestas epopéyicas de la Independencia Americana luchaban por conquistar el poder mediante luchas fratricidas en las que se hacía derroche de valor, inflamados los corazones por el hálito de una doctrina política.

El Dr. Porras, víctima también del embrujo partidarista, entró de lleno en la vorágine, quizá vislumbrando que ello seria el pedestal de su fama futura, gestionó en Centro América el concurso de aquellos gobiernos para que le ayudaran a la realización de sus planes, hasta que se consigue el apoyo del Presidente de Nicaragua, General Zelaya, quien le da el "Momotombo" y logra el enganche de algunos expedicionarios.

La lucha se inicia en la Provincia de Chiriquí, y la ola arrolladora de su prestigio va creciendo a medida que las huestes vencedoras cubren

paso a paso las Provincias Istmeñas, e immortalizan sus nombres en sangrientas batallas que culminan con la desastrosa derrota del Puente de Calidonia. En estos momentos, la historia va a escribir otras frases y a pronunciar otras palabras. Cuando los Jefes de la fracasada revolución se ven obligados a emigrar, los acontecimientos lanzan a los panameños a la conquista de su independencia, la cual es protestada por este liberal, quizá porque no podía comprender en el exilio como era posible que se realizara paso semejante, sin haberse sometido a la dominación.

Los Albores de la República.

La República surge, y para él, el veterano revolucionario se desarrolla un episodio doloso. La Corte Suprema de Justicia, como consecuencia de un cable remitido desde Costa Rica, le despoja de sus derechos ciudadanos.

El político, batallador siempre, hace esfuerzos inauditos, por borrar la afrenta, pero los odios y el sentimiento patriótico en pleno desarrollo, impiden escucharlo. Se retira entonces a su ciudad natal, para rememorar allá épocas pasadas, y ante los cambiantes paisajes de la exuberante naturaleza, y a la sombra del imponente Canajagua, que muchas veces cantara en sus producciones literarias, nutrir su espíritu con nuevas reflexiones, ordenar sus pensamientos, y quizás planear la conquista de las masas ciudadanas.

El Ascenso.

El pueblo panameño, reacio a las sanciones, compasivo con el que sufre y con el humillado, pronto se manifestó a favor del caudillo liberal, y apoyado por los amigos de la Capital, se inició un movimiento que había de culminar con la restauración de los derechos ciudadanos al Doctor Porras.

Esto sin lugar a dudas, fué la campanada inicial de su ascenso político, de su marcha hacia el poder, que había de culminar con la conquista definitiva del mismo en 1912.

Se empenó desde entonces una encarnizada política; se le enfrentó una oposición en la que desarrollaron preclaras figuras de nuestro istmo, que no dejaron por un momento de fustigar a este político, surgido de la masa ciudadana, que emergía al poder con nuevos elementos directrices, y con nuevos métodos de trabajo.

El Mandatario.

En el poder, respaldado por un pueblo que lo adoraba, que le iluminaba con velas lo mismo que a los santos, y que invocaba su nombre con sagrada devoción, el mandatario se dispuso ejecutar obras audaces,

ante el escándalo de los que no tenían esa visual, para transformar así nuestra incipiente ciudad, y darle obras que aún hoy, después de muchos años, son la admiración de nacionales y extranjeros.

Y surgió la Barriada de la Exposición, el Hospital Santo Tomás. Planeó en el orden jurídico la confección de los Códigos, porque no sólo había que transformar la parte material, sino también poner las leyes al día, y crear instituciones como el Registro Civil, el de la Propiedad y los Archivos Nacionales.

Las Escuelas

Con la experiencia que le habían dado la revolución de los mil días, cuando recorrió toda la República a lomo de mula o a pié; o quizá como parte de un plan de estrategia política, inicia la instalación de escuelas en grande escala, para llevar a los más apartados rincones del país la enseñanza.

Este hecho indudablemente había de aumentar su prestigio, porque, hábil demagogo sabía con tino singular explotar estas ideas y pintarlas con caracteres asombrosos ante los ojos de la masa que sentía y pensaba en él.

La falta de comunicaciones, le hace intensificar las líneas telegráficas que van uniendo el Interior con la Capital, y que le hacen así dueño efectivo de toda la República, ya que sus órdenes pueden escucharse al instante, y puede así mismo informarse de los acontecimientos que surgieron en los más apartados sitios del país.

Más tarde, inicia el audaz proyecto de las carreteras, que va a transformar la economía interiorana, y despertar pueblos divorciados completamente del movimiento nacional.

Moral Política.

Se ha criticado fuertemente al doctor Porras, por la saña con que perseguía a sus enemigos, y el tormento a que los sometía, cuando sitiados por hambre tenían que concurrir al Palacio de las Garzas, a doblar la cerviz, para él entonces, regocijado ante su triunfo, dispensarle alguna migaja del Presupuesto.

Se le acusa de haber desmoralizado nuestra vida política, convirtiendo en moneda corriente las claudicaciones, y hasta hay quienes le acusan de ser el causante de la desorganización ideológica de nuestra política actual.

Quizá nos expliquemos esta actitud suya, como la del hombre engreído, respaldado por un pueblo, que encuentra la oportunidad de vengar pasados oprobios, sufrimientos indecibles que enlaceraron su conciencia durante mucho tiempo.

En cuanto a las claudicaciones, sabemos muy bien que en esa misma época hubo muchos que sufrieron privaciones sin fin, que se defendieron de la miseria con singular aplomo, pero que jamás doblaron la columna vertebral ante los insistentes requerimientos del mandatario. Quizá el relajamiento ideológico que encontramos en la política de hoy, tenga sus orígenes en que, lo primordial de estos días es la defensa de los intereses económicos de los grupos, y no el porvenir de la Patria.

Si en aquellos tiempos, el doctor Porras gozó con la humillación de sus adversarios, no lo hizo por aumentar intereses personales, y frente a esto, la grandiosidad de las obras ejecutadas, están hablando muy a las claras de su preocupación por los destinos del país.

Una Época.

Como dijimos al comienzo de esta crónica, el doctor Porras significa una época en nuestro país, una época con sus lineamientos precisos, con sus virtudes y sus vicios, con sus hombres prestantes, con el planeamiento de una política, de un pensamiento, cuyos puntos de apoyo, ha de ser, sin duda alguna, la figura de este gran estadista y político visionario, Doctor Belisario Porras.

Desde 1912 hasta 1924, se completa un ciclo político de nuestra República, que ha de ser estudiado con detenimiento, por aquellos entrenadores en investigar los secretos de la historia, la verdad de esa época tan cercana a nosotros, que fué pródiga en acontecimientos.

Quizá ese tesoro que significan los archivos del doctor Porras, puedan aclarar muchas cosas que hoy nos parezcan oscuras, y nos puedan también dar una visión más clara de cómo aquel político, afable con todo el mundo, que tenía un afán infinito de saludar, cómo este demagogo hábil, este primer líder de nuestra historia nacional, miraba ciertas cosas, y como llegó a enfocar las situaciones que aún nosotros no podemos definir.

El Homenaje.

El homenaje que mañana le rinde el pueblo de Panamá, al inaugurar el grandioso monumento que se levanta en el corazón de esa misma barriada que él construyera contra los vaticinios de los críticos, y que fuera uno de sus sueños dorados, es una acción de justicia, hacia un hombre que tuvo una preocupación constante por el progreso del país, y el de poner en marcha el ritmo del progreso material que, para felicidad nuestra, no se ha detenido desde aquel día en que, con su levita gris, sus mostachos blancos, y su figura de caballero legendario, inauguraba el Hospital Santo Tomás, obra cumbre de sus ensueños de patriota.

("Mundo Gráfico" — 19 de Junio, 1943).

Capítulos sintetizados y originales del ENSAYO BIOGRAFICO DEL DOCTOR BELISARIO PORRAS (inédito)

Por ERNESTO J. NICOLAU

INDICE

	Páginas
El Almirante español don Joaquín de Barahona, fundador de Las Tablas	38
El doctor Demetrio Porras, Prefecto del Departamento de Los Santos	39
Aniversario y natalicio.....	40
Belisario frente a Colunje.....	43
Belisario frente a Correcoso.....	44
Los Doleguños	45
Revolución de Chiriquí.....	49
Estudiante en Bogotá.....	52
Belisario se acerca al Olimpo Radical.....	53
En la Universidad Nacional.....	54

El Almirante Español don Joaquín de Barahona fundador de Las Tablas

Poco después del desastre sufrido por los españoles con la destrucción de Panamá por el sanguinario pirata inglés, Enrique Morgan, quien ejercía la piratería por mandato expreso del Gobierno de la Gran Bretaña y con el respaldo material y moral de esa potencia, muchos de los vencidos quedaron sumidos en la pena de la derrota, como si ella fuera una afrenta para su orgullo personal, y, lesionados, como se sentían en su amor propio, renunciaron a sus cargos; algunos se fueron a otras playas a ocultar sus pesares; otros, se quedaron en el Istmo por cariño a esta tierra y resolvieron internarse en provincias. Un crecido número de estos últimos, entre ellos, el Almirante español don Joaquín de Barahona, llegaron a la Provincia de Los Santos en plan de colonizadores, fundaron una población que les sirviera de base para sus futuras operaciones agro-pecuarias, y le pusieron el sugestivo nombre de Tablas, (1) que es la misma floreciente ciudad que hoy conocemos como la Capital de la Provincia de Los Santos.

El Almirante, don Joaquín de Barahona, de noble abolengo español, ocupó un solar frente a la plaza principal, sobre él construyó su hogar, y fué el tronco de donde descienden varias generaciones del mismo apellido unas, y otras aunque del mismo origen, llevan apellidos distintos por descender de rama femenina.

El Almirante tuvo varios hijos de ambos sexos, que se reprodujeron en varias generaciones hasta que, al principio del siglo XIX, nos encontramos con uno de sus descendientes en línea directa, su homónimo, don Joaquín Barahona, nacido en *Tablas*, quien contrajo matrimonio con doña Francisca de León, y habitaron la misma casa que fundara el Almirante. De esta unión nacieron Juana Gumercinda, Adelaida, Emilia, María de las Nieves y José Asunción Barahona.

Y para la época en que vamos a comenzar este ensayo, todas las personas citadas ocupaban la casa solariega de la familia Barahona.

(1) Este es el verdadero nombre que tuvo desde su fundación.

El Dr. Demetrio Porras Prefecto del Departamento de Los Santos

En el año de 1856, "el territorio que comprendía las provincias del Istmo de Panamá, a saber: Panamá, Azuero, Veraguas y Chiriquí, *formaba* un Estado federal soberano, parte integrante de la Nueva Granada, con el nombre de Estado de Panamá". (1) La Nación granadina estaba constituida a su vez, "por el territorio del antiguo Virreinato de la Nueva Granada, que hizo parte de la antigua República de Colombia (1830) y posteriormente ha formado la República de la Nueva Granada, como una República democrática, libre, soberana, independiente de toda potencia, autoridad o dominación extranjera y que no era, ni sería nunca el patrimonio de ninguna familia ni persona". (2)

El ambiente político imperante en ese año estaba muy caldeado en lo interno; y, en lo externo, la situación era sumamente delicada, pues se temían, y con sobrada razón, agravios bélicos de parte de los Estados Unidos de Norte América, motivadas por el cruento motín popular ocurrido en la ciudad el 15 de Abril, entre los norteamericanos que llegaron en esos días, de paso para California y el pueblo panameño, el cual pasó a la Historia nacional con el bucólico nombre de "*La tajada de Sandía*".

El pueblo panameño, en votación popular, eligió Gobernador del Estado de Panamá, el 1º de septiembre, al distinguido jurista Cartagenero, Dr. Bartolomé Calvo (3). El nuevo Mandatario se posesionó el 1º de Octubre, después de una ruda batalla contra los defraudadores encabezados por José María y Pedro Goytía; y, entre otras personas, escogió a su amigo y conterráneo, el abogado, Dr. Demetrio Porras, para el cargo de Prefecto del Departamento de Los Santos. Por tal motivo el Dr. Porras, lanzó un manifiesto o proclama, para el pueblo santeño, el 18

(1) Artículo 1º del Acto Legislativo Adicional a la Constitución de la Nueva Granada, creando el Estado de Panamá, el 27 de Febrero de 1855.

(2) Artículo 1º de la Constitución Política de la Nueva Granada — 1853.

(3) El 11 de Noviembre de 1953, los cartageneros residentes en la ciudad de Panamá celebraron con un banquete el aniversario de Cartagena de Indias. Hablaron en esa ocasión los señores Pedro Pablo Pacheco, Dr. Saturnino C. Ospino, Dr. Bartolomé Calvo, Federico Brid, Dr. José María Vives, José María Amador y Dr. Demetrio Porras. (Estrella de Panamá, "12 de Noviembre de 1953, página 2; "Hace 100 años decíamos....")

de octubre desde Panamá, anunciando "su regreso a Los Santos dentro de muy pocos días", en donde ya era bien conocido, y pedía la cooperación de todos los ciudadanos para vencer las dificultades que amenazaban destruir la paz pública y la tranquilidad social; apelaba al patriotismo de todos los ciudadanos para que lo apoyaran en su lucha por obtener la estabilidad de los derechos civiles y protección de la vida, la educación de los niños, la hacienda pública y privada, el progreso del comercio y la industria, como el mejor sendero para llegar a la felicidad del pueblo. Y levantó su lema: "Paz y consagración al trabajo". Uno de sus colaboradores que llevó a Los Santos, fué su amigo el señor José Encarnación Brandao.

El Dr. Porras tenía ya algún tiempo de vivir en el Istmo (4), ocasionalmente en la Provincia de Los Santos, y en uno de esos días, cortó con buena suerte a Juana Gumercinda Barahona, una bella, distinguida y honesta señorita de Las Tablas, con muchas vinculaciones sociales y familiares en Los Santos y en Panamá. Se unieron y en la época que se relata, ella estaba en casa de sus padres próxima al alumbramiento y él, en la Capital, preparaba su viaje a Los Santos para unírsele en Las Tablas.

Aniversario y Natalicio

El Istmo de Panamá, celebraba, desde su capital hasta en los pueblos más pequeños de su extensión geográfica, el XXXV aniversario de su independencia. Cada lugar rivalizaba con el otro y todos entre sí, en entusiasmo; y el patriotismo de cada panameño, chico o grande, mujer u hombre, era puesto de manifiesto en el brote de alegría, desbordada en torrente, durante las celebraciones. El orgullo de los panameños, de sentirse libres por su propio esfuerzo, acto que originó el feliz elogio con que el Libertador Bolívar honró al pueblo istmeño, cuando lo supo "*libre por su propia virtud*", seguía siendo el factor principal que estimulaba el fervor patriótico, el creciente amor a su suelo, que demostraba en la celebración de cada aniversario de su independencia. Así fué en el primer aniversario, en el segundo, en el tercero, en todos los demás, y así fué, también, en el 28 de Noviembre de 1856, en el Estado Soberano de Panamá.

En Las Tablas, cabecera de la Provincia de Los Santos, el entusiasmo

(4) Escritos: Pablo Arosemena — Tomo II página 71. "El ciudadano Bartolomé Calvo ha sido declarado Gobernador del Estado de Panamá, por la voluntad del Pueblo, expresada en 10.205 votos.

hizo fiesta muchos días antes; y en la víspera, reventaron los fuegos artificiales perforando con chorros de luces y de estrellas el manto oscuro de la noche; la música, los bailes típicos, con el concurso de bellas y rubias campesinas de ojos verdes o azules, blancas de cutis, de cachetes chapeados al natural y sus compañeros vestidos a la usanza, todos descalzos, confundidos con el pueblo tableño, aumentaban con sus bellas canciones el entusiasmo patriótico. El mayor concurso estaba ubicado en la Plaza principal. Frente a ella, una amplia casona de portales coloniales; en su seno no había baile, ni se oían canciones. Una tenue luz de lámpara de querosén en la sala; en ella estaba el Dr. Demetrio Porras, Prefecto de Los Santos desde el mes anterior y don José Asunción Barahona, sentados en sendas mecedoras de nogal y paja tejida. Algunos miembros de la familia preocupados, junto a ellos, esperaban impacientes el anuncio de la comadrona.

La aurora del nuevo día 28 fué saludada con alegres repiques de campanas; los jinetes corrían de un lado a otro en alegres cabalgatas lanzando vivas; los cohetes, en estripitosos estallidos, unían sus estridencias al rugir de grandes bombas de fuego de artificio, y un cañón especial detonaba repetidos disparos, en salvas de honor, para saludar al nuevo aniversario de la independencia, el 28 de Noviembre, culminación honrosa del orgulloso patriotismo de los panameños. Todo era euforia en las calles; briosos corceles, contagiados de alegría, confundían sus relinchos con los gritos de la chiquillería bullanguera y feliz.

Y en ese mismo día, todo lleno de ruidos, alegría y felicidad, en la casona de portales coloniales de los Barahonas, frente a la Plaza Pública, nació un niño, un nuevo ciudadano.

La comadrona lo levantó por las débiles piernecitas con una mano, mientras que, con la otra, le descargó fuerte nalgada haciéndole lanzar un grito de dolor seguido de largo llanto. La voz del niño recién nacido, se sumó al bullicio de la fiesta y se perdió en el azul.

Los Barahonas brindaron por el recién nacido. La madre estaba bien de salud y la alegría popular tuvo eco en la casa de portales coloniales. El niño, blanco y de ojos grises, fué acogido con afecto por la familia, y los vecinos y amigos, impulsados por la curiosidad, querían verlo. Esta criatura era Belisario Porras, que llegaba al mundo en una fecha gloriosa para Panamá. Y los augures, le profetizaron una buena suerte, por tener tan buena estrella. La grata nueva la recibió el padre con infinita alegría.

Pasaron cerca de dos años y, con motivo del cambio de Gobierno del Doctor Bartolomé Calvo, el Dr. Demetrio Porras tuvo que ausentarse de

Los Santos y se dirigió a Bogotá, en donde ejerció funciones de Constituyente, por Panamá. (1) Regresó dos años después con el cargo de Prefecto del Estado de Magdalena, y, antes de asumirlo, vino a ver a su querido hijo Belisario. Sus nuevas funciones públicas obligaron al Dr. Porras a sufrir otra separación. La despedida del padre provocó en el hijo un arranque violento de disgusto que le afectó la salud. Pero en fin, el Dr. Porras, cerrando los ojos para no ver el cuadro desgarrador del niño luchando para irse con él y tapándose los oídos para no oír aquel llanto fuerte y lleno de desesperación pidiendo calor de padre, hizo un supremo esfuerzo y apretándose el corazón, salió corriendo y la separación se consumó. El sentimental niño cayó enfermo, pero, por fortuna, los cuidados de la noble abuelita doña Francisca de León de Barahona, quien sustituyó a su difunta hija Juana Gumerinda, en la crianza de Belisario lo salvaron de la crisis emocional. Pronto recuperó su tranquilidad y siguió jugando con sus amiguitos. Fué creciendo robusto, sano y ágil, con la protección de la abnegada abuelita, y ella misma le inculcó sus nobles sentimientos. De buena salud, aprendió a caminar y habló antes de los dos años, y muy claro después. Los Barahonas lo quisieron mucho y le prodigaron toda clase de atenciones, con cariño y devoción. José Encarnación Brandao, su padrino de bautizo, lo enseñó a leer y lo inició en la educación primaria.

A la tierna edad de cinco años, como veía los pájaros volar, él también quería volar: el portal, la calle, y la amplia plaza lo atraían al juego con los otros niños, y, a esa edad, ya montaba a caballo. A cada año que pasaba, quería con ansias que llegase pronto la fecha de su próximo cumpleaños, porque lo hacía feliz la alegría del pueblo en las fiestas patrias coincidentes con su natalicio. Unas veces se trepaba en los árboles para ver mejor los fuegos artificiales y no fueron pocas las veces que su activa cabecita pensó en que las fiestas se celebraban por su cumpleaños y gozó mucho en su infantil ilusión.

- (1) El objeto principal del viaje del Dr. Demetrio Porras a Bogotá y que lo obligó a separarse de su familia de Tablas, lo constituyó el hecho de haber salido electo como Representante por Panamá. Su viaje a la Capital de la Nación tuvo que ser iniciado en los primeros días de 1858, porque el 11 de Enero de ese año se encargó de la Prefectura de la Provincia de Los Santos, el señor Lino Clement Herrera. Y para confirmar este hecho, encontramos al Dr. Demetrio Porras, firmando la Constitución de la Confederación Granadina, el 22 de Mayo de 1858, en representación de Panamá, junto con su viejo amigo Dr. Gil Colunje y los panameños Antonio Amador, Dionisio Facio, Defenso Montez y Manuel Amador Guerrero.

Los originales pueden verse en el Archivo Nacional E.J.N.

Belisario frente a Colunje

Otros cuatro años pasaron y la precocidad del niño era cada vez más notoria. Claro talento, inteligencia vivaz, que le ponía en blanco las lecciones difíciles para otros. Rápido en la expresión y rápido en la acción. A los nueve años ya era un discípulo modelo, que sabía escribir y leía de corrido. Jugaba con sus amiguitos, todos los juegos conocidos y nadaba en los ríos y en el mar. Estos sanos ejercicios, en contacto directo con la naturaleza, robustecieron su cuerpo y tonificaron su salud.

De pronto un día los tableños vieron que en la plaza se reunía mucha gente; frente a la casa de los Barahona, al otro lado de la plaza, llegó una cabalgata y se desmontaban varios caballeros. (1) Era el Dr. Gil Colunje, Presidente del Estado, que llegaba de visita a Las Tablas, con un lucido séquito de amigos y funcionarios capitalinos y gran concurso de amigos que habían ido a recibirlo al puerto, y le escoltaban.

La mayoría quedó a caballo. Los otros habían entrado con el Presidente y saludaban a los dueños de la casa que les brindaban hospedaje y a todos los amigos que habíanse apresurado a darles la bienvenida.

A poco, vieron que el Presidente Colunje, y dos de sus acompañantes, se dirigían, cruzando la Plaza, a casa de los Barahona. Subieron las gradas del portal para saludar a gente tan adicta a su causa. En el portal, tomó de la mano al niño Belisario que lo contemplaba admirado y dijo:

"Este debe ser el hijo de Demetrio".

Saludó a la abuelita que había salido a recibirle y entró a la sala que estaba a la vista. El Dr. Colunje colocó al niño sobre sus piernas y agregó:

"Mucho te pareces a tu padre": y acariciándole los cabellos agregó: *"Qué ojos tienes tan grises, con ellos no podrás ver...: apostemos a que no ves lo que hay en esa plaza..."* Era la palma de la Libertad sembrada en el centro de la Plaza. Y el Presidente, dirigiéndose a la abuela, indagó por sus adelantos en la Escuela, el nombre del Maestro, etc., a lo cual le contestó que estaba muy adelantado, pues ya había leído todos los libros que existían en el pueblo.

Admirado con el informe el Dr. Colunje, preguntó:

"¿Cuántos son esos libros?"

"Tres, respondió la orgullosa abuela y añadió en seguida: La Biblia, El Quijote y Gil Blas de Santillana".

El Presidente terminó la visita y al levantarse de su asiento le di-

(1) Trozos de Vida — Belisario Porras.

jo a Belisario:

"Eres digno hijo de tu padre, y desde ahora te auguro que llegarás a ser algo en este país". Y le puso en la mano una onza de oro, diciéndole: "Toma, es para ti, compra con ella, otros libros".

Y se despidió el Presidente.

Ambos recibieron fuerte impresión. El gran Caballero liberal, sintió admiración por la proeza de ese niño que antes de cumplir los diez años de edad ya había leído aquellos tres libros de tan difícil lectura para miles de adultos y guardó en su alma, cariño sincero para el hijo de su muy querido amigo Demetrio. Y el niño, por su parte, abrumado por las deferencias de que lo hizo objeto el gran señor, nada menos que el prestigioso doctor Gil Colunje, Presidente del Estado Soberano, a quien todos respetaban, imprimió en su corazón imborrable afecto que le duró toda la vida. Desde entonces, el doctor Gil Colunje fué para Belisario un modelo de ciudadano digno de imitar. Y la idea de que tan distinguido personaje era amigo de su padre, le llenó el corazón de inefable gozo.

La visita del Dr. Colunje fué comentada con agrado por todos.

El cariño que despertó en el niño aquel ilustre señor, no tan sólo por el revuelo que causó en el pueblo con su llegada, sino por ser amigo de su papá, o hizo tenerlo ya como a una persona intocable.

Por eso, una tarde, pocos meses después de aquella visita, al oír hablar de su amigo Colunje, a algunos políticos del pueblo en la Calle del Palenque, le arrojó al más grosero un trompo al pecho, con rabia y coraje, en señal de protesta.

Belisario continuó estudiando y leyendo mucho sin abandonar los juegos propios de su edad.

Belisario frente a Correoso

Desde aquella visita del Presidente Colunje a Las Tablas, habían transcurrido cinco años. Belisario había concurrido puntualmente a la Escuela que regentaban Isauro Borrero y Pedro José Ríos, contratados por los padres de familia de Las Tablas y por José Asunción Barahona, en la ciudad de Panamá. El Maestro Nemesio Medina debía llegar a su destino, precisamente, el 15 de abril de 1871, fecha en que se desarrolló el episodio siguiente.

Practicaba el General y Presidente Buenaventura Correoso, visita a las oficinas públicas. Necesitaba de una persona con buena letra y que supiera escribir para copiar las actas de visita, y el señor José Asunción Barahona le llevó a su sobrino Belisario. (1) El trabajo de copiar las

(1) **Trozos de Vida -- Belisario Porras.**

actas duró cuatro días. Al concluirlo, el joven copista *"se lo comunicó a su tío y éste al General Correoso, allí presente, quien acompañado de sus Secretarios, del Prefecto don Antonio Saucedo, del Administrador de Hacienda, que lo era el tío Asunción, del Alcalde y de otros funcionarios,* le dijo: *"Vamos a ver esas copias..."*; y comenzaron a confrontarlas con los originales que se le habían dado a copiar. Cuál no sería su orgullo cuando el General, le dijo: *"Te felicito. Eres un muchacho que prometes..."* Seguidamente, desprendiendo de la leontina uno de los dijes que tenía en ella, el cual era un plumario de oro con un topacio en la extremidad, se lo entregó diciéndole estas palabras: *"Conserva este recuerdo mío para que mañana, ya hombre, puedas escribir con él, no Actas, sino tus propios pensamientos..."* Todos los presentes lo felicitaron y se retiró, lleno del más profundo regocijo.... Llegó a su casa y lo contó todo a su familia, los miembros de la cual, también profundamente emocionados, lo abrazaron, diciéndole: *"Ese hombre es un gran corazón..."* Pensó entonces en el Doctor Gil Colunje, y comparó la bondad de esos dos grandes hombres tan parecidos en el fondo, ambos de la misma ideología y doctrina políticas, y, desde entonces, nació su amor por las ideas liberales, que, incidencias posteriores, afianzaron decididamente.

El Presidente Correoso había hecho morir en su cuna un movimiento subversivo que debió estallar, en la ciudad de Panamá, en la noche del 19 al 20 de marzo; y, confiado en ese feliz resultado, así como en el respaldo de su popularidad, se sintió libre de peligros y nunca pensó en la posibilidad de que se fraguara otro, al menos, por el momento. Por tal motivo, y debido a la falta de comunicación rápida de la Capital con el interior, las noticias de uno y de otra, llegaban imprecisas y tardías a su destino. Así sucedió que, cuando los rumores de un levantamiento en Chiriquí llegaron el 13 de abril a Los Santos, nadie los creyó, ni el mismo Correoso que ya estaba allí, imaginándose que se trataba del mismo caso que hubo delatado antes de salir de la Capital y confió en que nada grave sucedería, porque tenía la certeza de que, como la revolución del 19 al 20 de marzo había fracasado, nadie volvería a pensar en tal cosa en mucho tiempo. De ahí provino la confusión que casi le cuesta la vida, como se verá más adelante.

Los Doleguños

El Presidente Correoso continuó hospedado en la casa frente a la de los Barahona, que parece ser la misma que ocupara cinco años antes el Dr. Gil Colunje. Una noche, dos días después del episodio de las copias, cuenta el joven Belisario, (1) *"nos despertamos sobresaltados por el*

(1) Trozos de Vida — Belisario Porras.

ruido de numerosas descargas de fusilería y de gritos: "Vivan los dolegueños....!" "Yo que había oído decir que los enemigos del general se preparaban para atacarlo, grité saltando de la cama: —*lo mataron! —lo mataron....!* y corrí con la intención de ir a ver lo que pasaba. Mi abuelita me detuvo y no tuve más remedio que permanecer en la casa. No dormí más y cuando ya el día comenzaba a dejarse ver, burlando la vigilancia de la familia, me fui a la casa que habitaba el general Corresco, y que, como ya he dicho, quedaba enfrente de la nuestra. Las puertas estaban abiertas de par en par. Mi corazón palpitaba intensamente. Me parecía que al entrar lo iba a encontrar tendido ya sin vida, sobre un charco de sangre.... Por fin, convencido de que nadie estaba allí que pudiera impedirme la entrada, lo hice con el mayor sobresalto. Penetré al cuarto que el general ocupaba y vi en una silla parte de su ropa. Faltaban los zapatos y la camisa.... Entonces comprendí que él había huído... Me fui al patio y me convencí de ello viendo un portillo en la cerca de éste con dos estacas quitadas y huellas que denunciaban el paso de una persona por ese lugar. En mi desesperación por encontrarlo y servirle en algo, seguí las mencionadas huellas que se dirigían hacia el monte. Caminé un buen trecho y llegué a una quebrada. Allí me detuve escondido debajo de unos arbustos. Momentos después llegó un hombre con un caballo del cabestro y se puso a bañarlo. Era José de los Reyes Pérez, del pueblo, y yo, pensando en la suerte del general, miraba para todos lados con la esperanza de poderlo divisar. De pronto hirió mis oídos un silbido agudo y busqué en la dirección de donde creí que ese silbido salía. Inquirí e inquirí con la mirada y mis ojos pudieron así ver un hombre sobre un árbol. Es él, me dije interiormente. El hombre del caballo miró también hacia el árbol y entonces pudimos ver claramente que el de arriba hacía señas como llamándonos. Nos acercamos, y mi alegría no tuvo límites al reconocer al general Corresco, a medio vestir. Se sorprendió al verme, y yo le expliqué cómo había ido a la casa creyéndolo muerto, y cómo había seguido las huellas que había dejado desde el patio de la casa y me puse completamente a sus órdenes. El hombre del caballo resultó ser amigo del general, a quien le ofreció llevarlo a un escondite en su trapiche que tenía cercano.... Montaron los dos, y yo, quitándome las chinelas, pasé la quebrada y los seguí hasta llegar al trapiche. Una vez instalado el general, me llamó y me dijo: "*Tú vas a regresarte al pueblo y le dirás a tu tío Asunción y al Prefecto Saucedo donde me has dejado para que con todo secreto procuren salvarme*". Orgulloso de mi misión, corrí de nuevo, llegando al pueblo pocos momentos después. Me costó mucho trabajo encontrar a mi tío, pues debido a que los dolegueños estaban todavía en el pueblo y buscaban a los liberales, todos estos se ha-

hían escondido. Por fin, dí con él y le dí la razón que llevaba. Se puso muy contento y me indicó donde podía encontrar a Saucedo, dirigiéndome seguidamente al lugar, en donde lo encontré efectivamente. Este, como mi tío, se alegró muchísimo y me pidió que regresara a la casa en donde se había escondido el general y le dijera que esa misma noche tendría listo un buque para dirigirse a Panamá. Que guardara confiado. Corriendo nuevamente llegué al trapiche. El general Correoso lleno de impaciencia, como era natural, me aguardaba. Le dí cuenta de mi misión y me abrazó muy agradecido. Le referí cómo estaban las cosas en el pueblo y cómo estaban todos los amigos pendientes de la suerte que él hubiera corrido....

Por la noche, mi tío y don Antonio Saucedo tenían listo el buque que habría de zarpar del puerto de Guararé, llevando a bordo al general Correoso, rumbo a la ciudad de Panamá. Así se hizo y al día siguiente entraba a la capital”.

“*Los dolegueños*”, cansados de buscar por los montes a Correoso, sin poder encontrarlo y presintiendo una represalia, optaron por retirarse y tomaron el camino del puerto. Allí estaba el vapor *Morro*, detenido por el Vapor *Montijo*; y entre los prisioneros, estaba el joven Nemesio Medina.

El institutor Medina, oriundo de Cartagena, casado, de 26 años de edad, contratado por los padres de familia de Las Tablas, como lo habían sido sus otros dos colegas, consiguió pasaje en el Vapor *El Morro* que zarpaba de la bahía de Panamá, con rumbo al puerto de Mensabé, en donde su Capitán, señor Antonio Jiménez, según órdenes expresas, debía recibir al Presidente del Estado, el 16 de Abril, y trasladarlo, con su Comitiva, a la ciudad capital.

El Morro se aproximaba tranquilamente a su destino. El Capitán, que ya conocía los rumores de la revolución de Chiriquí, estaba preocupado por la suerte que pudieran correr el Presidente y sus amigos que ignoraban ese hecho; sin embargo, nada anormal encontró en su camino. Pero al llegar frente al Puerto de Mensabé, a unas dos millas de distancia, observó que un vapor que no pensaba encontrar ahí, se le acercaba a toda máquina. Era *El Montijo*. Cuando estuvo bien cerca del *Morro*, el Capitán Jiménez preguntó en alta voz, a los que veía en la borda de estribor del Montijo, si el Presidente Correoso estaba abordo con ellos. Entonces fué cuando conoció a Eusebio Delgado, quien, como muchos otros, le indicaba la playa al par que le decía, que allá estaba esperando a que fueran a buscarlo. *El Morro* puso rumbo al punto indicado, mientras el *Montijo* giraba alrededor para regresar siguiéndolo a corta distancia. Esta maniobra, causó sospechas al Capitán Jiménez. Al llegar bien cerca de la orilla, el Capitán al fondear, vió que el *Montijo* hacía lo mismo, bastan-

le aproximado a su barco; y su sospecha se trocó en realidad cuando vió surgir en la playa, ciento diez soldados muy bien uniformados y aún seguían bajando más de las lomas. Ese uniforme no era del Gobierno y, por lo tanto, al verse engañado, se trasladó al *Montijo*, en unión de Blas Rivera y Eduardo Berrio, para pedir explicaciones por el engaño de que había sido objeto y exigir la entrega del Presidente, si lo tenían allí.

Estaba el Capitán Jiménez en esa disputa, cuando subió un grupo de gente armada de caras desconocidas, capitaneadas por Antonio Franceschi, llevando en la mano el rifle que un señor Nelson había regalado al General Correoso, rifle que él conocía muy bien. En el acto le preguntó por el Presidente, y Franceschi le contestó que el General Correoso había escapado ileso; que el rifle y el sombrero los había recogido en la recámara en donde aquel dormía la noche anterior; que lo encontrarían porque había despachado varias comisiones a buscarlo; y que si no pudo apresar al Presidente, en cambio, había cogido prisioneros a sus acompañantes. Le mostró entonces otro grupo de soldados que subían, también de caras desconocidas para él, y que custodiaban a los detenidos Valentín Bravo, Rafael Gori, Buenaventura Asprilla, Rafael Sánchez, y José María Ladrón de Guevara, este último Prefecto del Departamento de Veraguas, entre otros, a quienes reconoció inmediatamente.

Jiménez, hombre valiente y que conocía a todo el mundo, se dió cuenta de que el *Montijo* había traído de Chiriquí a Franceschi y a Delgado, y a esos soldados que le parecían centroamericanos, con el plan de apresar al Presidente o matarlo; y los hacían pasar como dolegueños, para causar mejor impresión en el público. La actitud del Capitán Jiménez continuó altiva y decidida en la disputa. Pedía la inmediata entrega de los prisioneros para trashedarlos al *Morro*, pero se le negó el pedido y se le entretenía con relaciones de la revolución triunfante: decíanle que el Presidente provisorio lo era el señor Tomás Herrera y el Secretario de Estado, don Simón Esquivel; que el Gobierno tenía su capital en David, y que allí estaban Manuel María Díaz, Domingo Díaz y otros más.

- "Entonces, por qué no me atacó con el *Montijo*"?

--Porque no estaba cerca, respondió Franceschi. Y le agregó que estaban presos, él su barco y todos los que se hallaban abordo de su buque, que.

Entre tanto, sin que lo notara el Capitán, Eusebio Delgado, se había ido al *Morro* y sacó de allí, a viva fuerza, a los jóvenes Domingo Ycaza y José Asprilla, y los trashedó al *Montijo*.

Decíale Franceschi que la revolución triunfante en el Departamento de Chiriquí dominaba al Departamento de Los Santos, al Departamento de Veraguas y al Departamento de Coclé; que "*los chiricanos tenían ocho-*

cientos hombres bien armados y uniformados y contaban con mil rifles más, iguales a los que tenían los negros panameños” (2)

El Jefe Franceschi reconvino en público al Oficial Delgado por no haber hecho fuego contra el *Morro*, al verlo entrar al puerto.

Después de muchas idas y venidas, el Jefe Franceschi ordenó la libertad del Capitán Jiménez, y de los pasajeros, devolviéndole a Nemesio Medina sus baúles, en gracia a que era institutor de profesión. Antes de salir Jiménez fué obligado por Franceschi a firmar un documento por medio del cual se comprometía a conseguir de la Compañía propietaria de la nave no fletara el buque a favor del Gobierno legítimo. Jiménez firmó y salió de Mensabé con su cargamento humano a las tres de la tarde. El *Montijo* continuó anclado hasta que oscureció. Esperaba terminar de recoger toda su gente para zarpar rumbo a Chiriquí.

El 17 de Abril el Capitán Jiménez, los pasajeros, la tripulación, Nemesio Medina y el Presidente Correoso, en Panamá, investigaban judicialmente los hechos relatados.

(2) Declaración escrita rendida por el Capitán Antonio Jiménez que figura en el expediente respectivo cuyo original se encuentra en el Archivo Nacional—E. J. N.

Revolución de Chiriquí (1)

Los grandes señores de la capital, conservadores y liberales, pero más numerosos los primeros que los segundos, que dirigían la vida social y manejaban el comercio y el capital, se habían alejado por completo de las actividades gubernamentales y llegaron, hasta a considerar, como algo indigno para su rango superior de egregios descendientes de los conquistadores, de sangre azul, el ocupar un puesto público. Y aún más alejados de la administración estaban cuando el Mandatario era un liberal populachero, cortejador del aura popular, amigo del pueblo, arrabaleño, protector de los humildes y de los pobres, como ese Correoso, que fue a la Presidencia del Estado Soberano, en hombros del pueblo. Entre este elemento, en esa época abundaban los analfabetas, es cierto, pero no es menos cierto que también había elementos ilustrados que podían honrar cualquier cargo público.

Uno de estos casos dió origen a la revolución, o sirvió de pretexto para levantar bandera de subversión, en abril de 1871.

Sucedió que el administrador de Hacienda, en el Gabinete de Correoso, fué acusado de malos manejos, pero sin pruebas contundentes y feha-

(1) Trozos de Mi Vida — B. P.

cientes para probar su culpabilidad y que justificaran su remoción del cargo dicho. Y contra todas las acusaciones, sostuvo el Presidente en su puesto público al acusado.

Este fracaso fué suficiente motivo para que los jóvenes capitalistas se rebelaran, hicieran huelga de no pago de impuestos y se dieran a la tarea de insultar y desacreditar a los hombres del Gobierno, con lo cual levantaron los ánimos, y de ahí surgieron los choques personales entre "negros" y "blancos", actos que también calificaban de guerra entre los de "adentro" y los de "afuera". Estas dos denominaciones, al parecer caprichosas, no lo son en realidad porque ellas vienen a demostrarnos la fuerte discriminación racial y social, existente en Panamá, muy marcadas en esa época en que los hombres de modesta posición económica, pero con buena preparación intelectual, desplazaban de las posiciones burocráticas a aquellos "fosforitos" ó "*Blanquitos de adentro*" que, escasos también de recursos, aspiraban a un cargo en la Administración a falta de una renta. Estos choques constantes, entre una clase y la otra clase, aumentaban el encono tradicional que ambos bandos heredaron de sus mayores, y que desde niños hasta de jóvenes, se practicaba con la acción directa en las calles y playas adyacentes por medio de las famosas "*guerras de piedra*".

La actitud más agresiva venía, casi siempre, de parte de los *conquistadores* contra sus eternos rivales los arrabaleños. Estos se defendían y aprendieron a hacerlo bien. De modo que esta admirable facilidad de riña y con los resabios que les dejaron otras épocas, cuando el mejor deporte de sus progenitores era el de tumbar gobiernos, empujaron, esta vez, a los capitalistas contra el gobierno de Correoso. Pero, en la ciudad de Panamá, no podían imponerse porque el pueblo estaba en guardia permanente y las tropas. Jefes y Oficiales, aunque pocos, eran leales al Presidente.

Por estas razones, y después de acordar el plan subversivo, sigilosamente enviaron Comisionados a Costa Rica para comprar armas, uniformes y pertrechos en cantidades suficientes como para armar a dos mil (2.000) hombres y contratar en aquel país, de cuatrocientos a ochocientos soldados expertos. El punto de concentración del ejército revolucionario debía ser Dolega en donde se levantaría la bandera de la Revolución, simultáneamente que en David, el 8 de Abril. El dinero, en cantidades suficientes, superó obstáculos, dió resultados parejos y mantuvo sincronizados todos los movimientos preparatorios de la revolución.

Los jóvenes ciudadanos más arrojados se sumaron a Manuel María Díaz y Domingo Díaz, Capitanes principales del grupo valeroso que tenían como lema de combate: regenerar y salvar la Patria, y, como ban-

dera, a don Tomás Herrera, distinguido señor de la rama de los *Conquistadores*. Estos cabecillas se trasladaron, con otros amigos a David y a Dolega. En la primera, contaron con la complicidad de Simón Esquivel, Esteban Delgado, Antonio Franceschi, y los Jurado, Martínez, Ríos y muchos más.

Los jefes se dividieron las tareas y tocó a Domingo Díaz y Franceschi con Delgado, recibir en Dolega a los costarricenses quienes integraron un batallón que bautizaron con el nombre de "Los Doleguños"; a Manuel María Díaz, Simón Esquivel y Tomás Herrera, les tocó preparar la escena en David. Todo estaba saliendo de acuerdo con lo planeado. Había dinero en grandes cantidades, y los hombres se armaban bien, tenían buenos caballos, correctamente enjaezados, usaban uniformes nuevos y relucientes, tenían modernos rifles, finas espadas, cuchillos, machetes de buena calidad, y muchas balas.

Así, con todo listo, llegó el día y la hora *cero*. En la mañana del 8 de abril de 1871, sonaron los primeros disparos en Dolega. Las admiradas autoridades fueron sorprendidas y reducidas a prisión con facilidad, en unión de 2 ó 3 empleados políticos más.

Inmediatamente el pueblo se sumó al grupo revolucionario por la atracción de la novedad y cerró filas. Esta circunstancia favorable, fué comunicada a los Jefes en David, en donde ya se había hecho el levantamiento con buen éxito. En esa misma tarde organizaron una manifestación pública, y se proclamó a don Tomás Herrera, Presidente Provisorio del Estado Soberano de Panamá. El batallón "*Los Doleguños*" llegó a David, y su presencia reafirmó el golpe revolucionario. El Provisorio nombró, con el cargo de Secretario General de Estado, a don Simón Esquivel, y ambos dictaron un Decreto organizando el Gobierno. Declararon a la ciudad de David, Capital del Estado Soberano; nombraron Prefectos Departamentales de Chiriquí, Veraguas, Los Santos y Coclé; suspendieron de sus cargos públicos a todos los empleados subalternos; dictaron un Decreto imponiendo contribución de guerra a un numeroso grupo de personas ricas de Chiriquí, para hacer frente a los gastos inmediatos; y, entre otras medidas, adoptaron la de cortar toda comunicación con el resto del país prohibiendo salir por tierra y por mar, a las personas que no tuvieran salvoconducto especial. Incautaron todos los barcos de vela y a vapor surtos en los puertos; ocuparon militarmente el vapor *Montijo*, en la bahía de Pedregal, apresando a su Capitán y a la tripulación. De esta manera ganaban tiempo para avanzar con sigilo sobre la capital por el mar, a la vez que irían por tierra dominando a su paso a las poblaciones del interior, de manera que ambas fuerzas abrieran operaciones bélicas.

simultáneamente, contra Panamá, meta de la jornada revolucionaria, en fecha preconcebida.

De pronto supieron que el Presidente Correoso llegaría el 13 a la ciudad de Las Tablas en visita Oficial y en el acto organizaron una expedición al mando de Antonio Franceschi, con más de ciento veinte hombres, correctamente uniformados y armados, con el fin preconcebido de apresar al Presidente legítimo. La expedición salió en el vapor *Montijo* y el día 15 en la noche, desembarcaron en el Puerto de Mensabé. Y cumplió su misión en la forma explicada en el capítulo *Los Doleguños*, cuya primera parte le tocó presenciar en Las Tablas, al joven Belisario Porras.

Estudiante en Bogotá

El joven Belisario no tenía cumplidos aún los quince años y no había nada más en Las Tablas que enseñarle al estudiante. Sus queridos Maestros ya habían vaciado en el aula toda su ciencia en la enseñanza primaria y parte de la secundaria. La brillante inteligencia del discípulo había captado todas las lecciones; la privilegiada memoria del joven conservaba intacto todo lo aprendido, así como recordaba y recitaba poesías y trozos literarios de obras de grandes maestros que sus amigos ponían a su alcance. Y él también hacía versos. Para esta época, imitando a su amigo Colunje, ya se creía un hombre serio, y, como aquel, no reía, como lo hacen los necios y los tontos, sino en las ocasiones más señaladas y cuando el buen tono aconseja. Sus predilectos amigos en el pueblo, después de sus condiscípulos, eran hombres maduros y serios, entre ellos su propio tío Asunción, con quienes gustaba platicar de temas elevados; de ellos recogía informes relativos a sus dos ídolos liberales, y de los recientes episodios políticos ocurridos en el Estado Soberano. Su imaginación se remontaba hasta la capital de la República. Bogotá tan alta, y tan lejana, le producía fatiga la enormidad de la distancia que los separaba, por lo que llegó alguna vez a creer que nunca la conocería. Pero la convicción de que su padre, en el día oportuno, lo llevaría a ella, volvía a darle esperanzas y con este título escribió un poema en bellos versos. Sería tan grato volver abrazar a su padre, ver y abrazar otra vez a su querido amigo Colunje quien era, nada menos, que Magistrado de la Corte Suprema de Justicia; Rector del Colegio Mayor del Rosario, Catedrático de Derecho y Ciencia Constitucional de la Universidad Nacional y uno de los más prestigiosos jefes del Partido Liberal, y, por lo tanto, uno de los refulgentes astros del Olimpo Radical, que él ansiaba conocer. Todo esto le daba ánimo para esperar el llamado paterno. Y esperó; pero esperó estudiando y leyendo mucho y de manera preferente a los clásicos griegos,

a los filósofos Sócrates, Aristóteles, Platón; conoció a los grandes varones de la antigüedad a través de las *Vidas Paralelas* de Plutarco, que le prestó un buen amigo. Ya había comenzado a nutrir su espíritu con Montesquieu, Voltaire, y Saint Simon, de Francia y con Hobbes, Locke Balmes y Adam Smith de Inglaterra, precursores del Derecho Natural, fundadores y divulgadores famosos de las teorías liberal y democrática. Y a cada obra que terminaba, había otra de turno; la ansiedad de leer mucho parecía anormal por lo poco común en los demás. Algunos le aconsejaban que no leyera tanto porque era malo para la vista y para la salud; que mejor era correr y jugar al aire libre, montar a caballo y bailar con las bellas paisanitas. Y a esto, respondía con calma pero con aplomo:

Yo hago todo eso, y lo hago bien; pero a su debido tiempo. También necesito leer mucho para instruirme y para poder graduarme de Doctor; y, después de que esto suceda, tendré tiempo, pero mucho tiempo, para hacer todas esas graciosas frivolidades que ustedes hacen ahora con tanto gusto. Cuando termine de leer este libro, ya verán ustedes quién corre más, quién baila mejor, quién es el mejor jinete, y quién es el mejor nadador.

Los intrusos se iban y el joven Belisario se quedaba devorando páginas y más páginas, que aumentaban el caudal de su cultura aún incompleta.

En el pueblo natal no había nadie que no estuviera de acuerdo en que Belisario debía continuar estudios en Panamá, sí, realmente, no podían mandarlo a Bogotá.

En estos cuentos andaba la gente ocupada, cuando un buen día de Dios, se desmontó de su cabalgadura un señor frente a la casona de portales coloniales, ya bastante vieja. Era un mensajero portando cartas para todos, ropas, dinero y, la maravilla del gusto: la orden de que Belisario partiera a Bogotá para perfeccionar sus estudios. El padre, don Demetrio, quería tener a su querido hijo cerca, en su misma casa, para abrirle nuevos horizontes.

Al entrar a Bogotá, llegaba Belisario a los quince años de edad.

Belisario se acerca al Olimpo Radical

El buen hado del joven Belisario, puso en su camino para su bien, a estos dos hombres singulares: Gil Colunje en lo civil, que era uno de los más brillantes ciudadanos de su época en la Nación entera; y a Buenaventura Correoso, el militar más brillante del Istmo, cuyas proezas lo llevaron a la más grande celebridad y también hombre de amplia cultura y mucha inteligencia. Con el respaldo efectivo y moral de su ilustre pa-

dre, el Dr. Demetrio Porras, querido y apreciado en todas partes, con amigos de tan alto prestigio político, social y cultural, iniciaba el joven Belisario su entrada a la capital de la República, tan soñada en su vida, y ambos personajes influyeron poderosamente en su carrera política. Su amistad con ellos no tuvo alternativas y duró fiel hasta la tumba.

Esos dos ilustres varones, reafirmaron en el joven su inclinación política hacia el credo liberal y su interés por conocer a los hombres públicos del país. El eco de la Convención de Río Negro, y de los detalles que le diera de la misma, su padrino José Encarnación Brandao, llenaban su cerebro con ideas liberales y su ardoroso entusiasmo subió de grado cuando conoció sus incidencias legislativas y leyó la Constitución de 1863. Su tierna edad no le permitía todavía, encontrar la razón, del por qué, en el Estado Soberano de Panamá, hubo catorce Presidentes, en los quince años que él tenía de vida; y menos aún podía llegar a formarse una clara idea de lo que ocurría en el amplio escenario de Colombia, pero su vivaz imaginación lo hacía soñar muchas veces, en su tranquilo pueblo natal, con una deidad que era "*la imagen de la Patria en toda su majestad altiva y bella*" (1) que tenía en su mano izquierda sobre su pecho, la Constitución de Río Negro, instrumento jurídico que garantizaba la más pura libertad y la firmeza de la democracia; y, con la otra, guiaba por el luminoso sendero de la felicidad y del progreso a la República. Su amistad con aquellos dos grandes hombres, Colunje y Correo, cuyas vidas conoció con rapidez y cuyos nobles corazones apreció de cerca, determinó su afiliación política como él mismo lo afirma, (2).

Abroquelado su inquieto espíritu a este magistral binomio de glorias civiles y militares, llegaría muy cerca del Olimpo Radical y conocería personalmente a los fabulosos jefes del Partido Liberal.

Los sueños del idealista liberal, en ciernes, muy pronto serían realidad.

En la Universidad Nacional

El Dr. Demetrio Porras llevó a su hijo Belisario a la Rectoría del Colegio de San Bartolomé y lo matriculó. El nuevo *bartolino* pronto conquistó el aprecio de sus profesores y el cariño de sus condiscípulos. Respetuoso y estudioso, a poco tiempo de su llegada, compañeros e institutores pudieron apreciar sus bellas cualidades. Buen alumno, amigo generoso; de trato afable y cortés, para cada uno tenía una frase amable y oportuna, con lo cual conquistó numerosas simpatías. Como era joven

(1) Trozos de Vida. — B. P. Página 1.

(2) Trozos de Vida. — B. P. Página 2.

refractario a las frivolidades y con una fuerte aversión a los vicios, que nunca bebía licor ni fumaba jamás, adquirió un sólido prestigio social en todos los círculos de sus condiscípulos y en los de su padre.

De San Bartolomé en 1874, pasó a la Universidad Nacional, por fuerte presión cariñosa que ejerció el Dr. Colunje sobre su padre, quién, aun siendo conservador, gozaba de la amistad de los jefes liberales.

Sucedió que un buen día el Dr. Demetrio Porras tenía que colocar a Belisario en el camino universitario, y sin tomar una determinación sólo, procedió a consultar a su querido amigo Colunje y allá se fue con su hijo. Don Demetrio le manifestó a su amigo que estaba indeciso para escoger entre el Colegio de Concha y el de Marroquín, de rancia estirpe conservadora, para que Belisario comenzara sus estudios universitarios. El Dr. Colunje, sin perder tiempo, rápidamente le dijo: *Ni Concha, ni Marroquín; Belisario debe ir a la Universidad Nacional.* Y así fue a la Universidad Nacional entrando de lleno a respirar plenamente ambiente liberal.

Frecuentaba el joven Belisario la casa de su amigo Colunje y en ella tuvo oportunidad de ver de cerca y de conocer personalmente a los grandes hombres del liberalismo. Ya estaba cerca al Olimpo Radical, cerca del grupo de hombres cumbres de gigante inteligencia y brillante ilustración; de aquellos fantásticos jerarcas del liberalismo que sacudían al país entero cada vez que rugía en la tribuna la voz de uno de ellos, de cualquiera de ellos, como lo hacían los dioses del Olimpo griego, cuando algún profano provocaba su cólera.

Allí con Manuel Murillo Toro, el faro directriz del Olimpo;

con José María Rojas Garrido, la oratoria incontenible, elegante y torrencial;

con Santiago Pérez, de verbo y pluma convincente;

con Felipe Pérez, que aterraba cuando hablaba y cuando escribía sus polémicas;

con Isauro Salgar, que juntaba la ciencia con la gracia;

con Aquileo Parra, que iluminaba con la palabra los senderos de la Patria;

con Felipe Zapata, que pulverizaba en los ataques al adversario fuera quien fuese;

con César Conto, que atronaba con sus gritos bélicos la bóveda del cielo y con su lira acariciaba las ilusiones del ensueño.

Y quién más? Muchos otros de sus profesores como Ezequiel Rojas, Gil Colunje, Ramón Gómez, Manuel Ancizar, Juan Manuel Rudas,

Teodoro Valenzuela, Nicolás Uricoechea, Aníbal Galindo, y otros más.

Y recordando aquel tiempo de estudiante, Belisario Porras en la cumbre de sus cincuenta años, dijo: "Cada clase dictada por aquellos varones, era una cátedra, que alumnos de otras clases deseaban escuchar siempre. Cuando Ramón Gómez hablaba en la clase de *legislación Civil y Penal* sobre la *disolución del matrimonio*, su palabra salía por la ventana a la calle y la gente que pasaba se iba agolpando debajo para oírlo, y se formaba un gran grupo, y dentro de los claustros la puerta de la clase se abría y venían a ella estudiantes y más estudiantes que se iban empujando hasta encontrarse adentro. Cuando hablaba José María Rojas Garrido sobre la *sensibilidad o el juicio* o sobre cualquier otro tema, era lo mismo; y lo mismo cuando hablaba sobre la *historia de las Cruzadas* o sobre la *Revolución Francesa*, don Teodoro Valenzuela o cuando hablaban Rudas o Salgar".

Entonces, y por esos *hombres*, Bogotá, mereció que se le llamara *Atenas de América*, y realmente, dice Belisario que "eran *hombres* apenas comparables en las artes de la paz o de la guerra, con los que tuvo la famosa República de Pericles que contó entre sus mejores varones a Demóstenes, a Fidias, a Pericles, a Homero, a Tucídides, a Epaminondas, a Temístocles, a Eurípides y a Milcíades". (1)

Por el pórtico resplandeciente de la Universidad Nacional, iluminado por el desconcertante conjunto de inteligencia y talento, ilustración y cultura, de aquellos ilustres varones, de fama nunca igualada en la historia de Colombia, ni antes ni después de su época, entró Belisario Porras del brazo de su amigo, el egregio Dr. Gil Colunje, para sumarse a la juventud liberal que recibía allí conocimientos de las ciencias, y su formación espiritual, doctrinaria y filosófica. Y, como dice Otero Guzmán, "En ese ambiente saturado de tantas bondades, corrió la juventud del Dr. Belisario Porras al lado de otros jóvenes como Carlos Arturo Torres, Santiago Pérez Triana, Adolfo Cuéllar, Diego Mendoza, Roberto Ancizar, Juan Manuel Rueda, Diógenes Arrieta, Francisco Montaña, Rafael Uribe Uribe, J. M. Vargas Vila, Max Grillo y todas las mentalidades que han llenado los últimos años de gloria del liberalismo colombiano. En tal ambiente, un cerebro de adaptación tuvo que nutrirse y ejercitar su pensamiento con el estudio definido de las causas civilizadoras. Su diploma de jurisperito lleva la firma de hombres representativos de la ciencia del Derecho y de la Política, que afirman estos breves comentarios nuestros". (2)

(1) Notas: Trazos de Vida.

(2) "Un Gran Demócrata, Panamá — E. O. G.

El lirismo del Dr. Belisario Porras

Por la Dra. Concha Peña.

Como homenaje a la memoria del Doctor Belisario Porras, ilustre estadista y eximio líder de la doctrina liberal en el Istmo, señalado por Ley de Honores como Presidente del Cincuentenario de la República, quiero al celebrarse el 28 de Noviembre de este año de 1956, el Centenario de su nacimiento, recordar su condición de poeta.

Fué pedagogo, estadista, hombre de leyes, amante del derecho, generador de la justicia, impulsor de multitudes, caudillo, guerrero, ídolo del pueblo, mártir, creador de obras para su pueblo, apóstol de la democracia, romero incansable de las doctrinas liberales, y sobre todas estas cualidades está su condición de poeta.

En toda su vasta y extensa obra hay poesía: La podemos hallar en sus oraciones cívicas a la Patria, vertidas en todas sus alocuciones, en sus arengas, en sus discursos, en sus lecciones de gran repúblico, en sus cartas, en sus comunicaciones, en sus escritos en la prensa; porque en todos los actos de su vida, señeros y fundamentales hay remansos ardorosos de fortaleza espiritual y cívica.

Los versos que escribió, regados por periódicos y revistas de Panamá, Colombia, El Salvador, y Nicaragua, no se han recogido todavía para formar su antología, lo que es preciso hacer.

Solo el llorado conductor de la juventud istmeña, el Dr. Octavio Méndez Pereira anotó algunos de sus poemas al reseñar en su Parnaso obra de encendida alcuña espiritual, daba a luz en el año 1916, para conocer y señalar a los hombres y mujeres que con su pensamiento creador y lírico abrieron las rutas luminosas de la poesía en el Istmo.

También el poeta Demetrio Korsi al publicar diez años más tarde, 1926, la Antología de Panamá dió a conocer otros poemas del Dr. Porras.

En su archivo particular que he tenido la honra de clasificar gracias a la gentileza de su dolorida esposa Doña Alicia Castro de Porras, encontró algunos versos inéditos y la constancia de sus publicaciones que datan de los primeros años de la vida de este extraordinario hijo de Panamá.

De todos los versos que conozco del Dr. Porras me emocionó una improvisación, que acaso no sea su mejor poema, ni el más clásico, ni el más métrico, pero es el que a mi juicio tiene más hondura sentimental porque fué fruto de un arrebató de amor a la mujer que le había criado.

quien meció su cuna, quien le orientó por el camino del bien y de la virtud, su abuela, Doña Francisca León vda. de Barahona, la madre de su madre.

Nacieron en una brillante tarde que marchó a la Isla de Coiba cuando determinó fundar en aquel lugar la Colonia Penal, y donde anteriormente los Gobernantes de Panamá en el pasado siglo intentaron instalar un lazareto.

Las palabras de aquel suceso, constan en sus memorias, que dieron su expresión en el libro TROZOS DE VIDA: los versos los conservó y transcribió un abnegado compañero de luchas en las doctrinas liberales y democráticas.

Fueron aquellos poemas de los últimos que nacieron del alma encendida y maravillosa de aquel ser extraordinario de superior entendimiento.

El poema a que me refiero se titula:

LA CRUZ

El mar, inmenso cofre
de múltiples tesoros,
besa la playa tibia,
polvo de arena y oro.

Tienen sus ensenadas
caricias de mujeres,
sus costas, la risueña
verdor de los vergeles.

El Cristo que mi abuela
colgó sobre mi pecho,
cayó sobre la arena
y fué aquello,

motivo de algazara
de las gentes, que junto a mí veía.
Se mofaban del Cristo
que del cuello pendía.

Y lleno de coraje,
en ira sumergido,
viendo el Cristo en el suelo
les pregunté atrevido:

Decidme: entre vosotros
no existe un buen nacido?
¿Porqué esta Cruz bendita
a risa os ha movido?

Callaron todos, y mis ojos
del color del acero
retaron a los hombres
con dolor muy sincero.

¿No tenéis en la casa
algún santo trofeo
que os señala y recuerde
un culto, un amor o un deseo?

Un viejo liberal, recogió el Crucifijo
pasó la vista a todos, los miró
y con temblor de labios
y aleteo de manos lo besó.

Después, besaron todos
el Cristo de la abuela
que en mi pecho campea
sin caer, desde la tarde aquella.

(De mi folleto: El Dr. Porras poeta). Imprenta de la Nación 1956.

COMO CONOCI AL DR. PORRAS

UN RECUERDO DE LA INFANCIA...

Por EVARISTO ALMENGOR

Era el mes de noviembre del año de 1866, siendo yo un niño de once años, llegué a Las Tablas en compañía de un tío (J. C. Bendibur) que me había solicitado. Recuerdo que en la tarde del viaje cayó un aguacero de esos que comunmente se llaman "barrejobos", y nos mojó, motivo por el cual tuve que quedarme en Guararé, distante de Las Tablas como 3 millas.

Llegué a mi nueva residencia y no tuve novedad alguna, pues la señora de mi tío era de la familia Díaz Medina, personas muy afables y que gozaban de generales simpatías en el pueblo, tanto por su trato como por su físico, pues eran consideradas como unas de las más simpáticas del lugar.

Pasados los primeros días de mi llegada allí, una tarde salí al altozano (hoy se dice atrio) de la iglesia, pues la casa-tienda donde habitaba estaba y está contigua, y me acerqué a jugar con los niños que allí estaban congregados. Mi llegada indudablemente no fué del agrado de los que jugaban, porque, sin saber por qué causa, me ví agredido por algunos de ellos, aunque sin llegar a los extremos, es decir, a pegarme.

Encontrándome en este duro trance y, naturalmente, perplejo, presentóse de repente un niño a quien no conocía, que asumiendo valientemente mi defensa, dijo: "Por qué le quieren ustedes pegar a este muchacho? qué les ha hecho?". No sé la respuesta de mis agresores, quienes no tuvieron explicación aceptable que dar; mas sí recuerdo las siguientes palabras de mi defensor, quien agregó: "este es mi amigo y el que se meta con él tendrá que entenderse conmigo". Esa actitud bastó para terminar la cuestión; y yo me fuí para mi residencia, donde se habían dado cuenta de lo ocurrido, y donde me explicaron quien era el niño que me había defendido.

Comenzó en aquel día el gran afecto que tengo por ese que desde entonces demostrara ser lo que el porvenir se ha encargado de confirmar: un defensor de la justicia y un protector espontáneo y desinteresado del desvalido, necesitado de apoyo.

Algunos meses más tarde, mi tío, que hizo para mí las veces de padre, ensayó el establecimiento de una escuela (entonces 1867—las escuelas públicas no existían) para que una hija de él y yo recibiéramos edu-

cación. Al efecto, estando en Panamá, supo por el señor Nazario Quintero, oriundo del entonces Estado Soberano del Tolima, que en Panamá se encontraba el señor Isauro Borrero, paisano suyo que estando de Oficial del Batallón "Calivio" había quedado de baja por la caída del General Tomás Cipriano de Mosquera, Presidente de Colombia.

Mi tío, interesado vivamente en la educación de su hija y en la mía, no perdió ocasión para presentarse a la casa de hospedaje donde se hallaba Borrero, quien dicho sea de paso, era un joven culto y de muy buena sociedad del Tolima que había abrazado la carrera militar debido a pérdidas cuantiosas tenidas en el juego. Se entendió mi tío con él y convinieron en que se trasladaría a Las Tablas para encargarse de dirigir un plantel de enseñanza, dándosele sesenta pesos mensuales por diez alumnos y quedando en libertad de admitir los alumnos que fuera de esos, pudiera educar por su cuenta. Así fué como el señor don Isauro Borrero vino a Las Tablas, en las postrimerías del año de 1867, habiéndosele tocado sacarlo a *aguachinche* del buque, por el puerto de Mensabé, a don Mateo Vásquez, padre del doctor Juan Vásquez García.

Establecida la escuela, los primeros meses no tuvo la concurrencia que se esperaba y la enseñanza de mi prima y la mía resultó por mas de veinte pesos mensuales; sin embargo, poco a poco, después, viéndose lo contraído del maestro, los padres de familia todos, cual más cual menos, cooperaron en la continuación del plantel.

Tres o cuatro meses después de abierta la escuela mencionada, fué matriculado en ella mi defensor del altozano de la Iglesia, el cual entró a la misma clase en que yo estaba, que era de las más adelantadas. Mi maestro era persona de gran ilustración; pero decepcionado quizá de la vida, a veces trataba mal a sus alumnos. Este proceder solamente podía justificarse por su fastidio en momentos de nostalgia y al verse constreñido por la suerte a servir por tan poco sueldo que apenas le bastaba para su sustento, lejos de la elevada posición que había él ocupado en otros tiempos en su tierra natal. En uno de esos días de murria, no estando satisfecho en la clase con el niño a que me vengo refiriendo, me dijo en presencia de los demás alumnos: "Evaristo, te entrego a B. para que les des clases y procures que pueda pronto figurar en la clase de ustedes".

Yo, que quería a B. como salvador mío de las agresiones de los muchachos del altozano, acepté gustosísimo el encargo; y poniendo de mi parte sólo la buena voluntad de explicarse a mi discípulo una que otra pregunta que me hacía —pues declaro que tenía un talento precoz— a los pocos días sabía el discípulo tanto como yo o quizás más, por lo que me ví en el caso de presentarme al maestro y decirle: "Señor: ya no puedo continuar dándole lecciones a B." El maestro, extrañado, me pregun-

tó cuál era la causa, a lo cual dije: "Maestro, porque este niño sabe más que yo". Enseguida el señor Borrero procedió a hacer un ligero examen de los dos y quedó convencido de la verdad de mi afirmación.

Dejando a un lado recuerdos de la escuela, quiero referir otro que tengo aún fresco en la memoria: Una tarde mi amigo y yo paseábamos por los llanos de Las Tablas, provistos cada uno de sus biombos. Al llegar a una quebrada en la que había un zarzo, es decir, una cerca movable de madera flexible, que se alza o se baja con el movimiento de las aguas, mi amiguito se separó de mí súbitamente, trayendo al volver un pajarito que parecía muerto que me entregó mientras iba a hacer no se que cosa distante del sitio donde yo estaba.

Tomé el pajarito y ví que era un ruiseñor y que no había muerto sino que estaba apenas aturdido. Recordando que mi madre me había hecho creer que quien mataba a un ruiseñor cometía con ello un gran pecado, dejé ir al pobre animalito; pero cual no sería la soberbia de mi compañero al regresar y ver lo que había hecho, que casi me pega; yo le expliqué entonces, enterándole de la creencia inculcada en mi pobre madre, lo cual fué suficiente para que se calmara y se sintiera a la vez conmovido por ella.

Este rasgo es también signo distintivo de su carácter: Vehemencia para defender todo lo que es correcto; pero sin dejar de oír las argumentaciones o razonamientos de los demás.

La escuela terminó a fines de 1869 y mi amiguito, teniendo como tenía la protección de un tío en Las Tablas y de otros amigos de su padre en el Congreso de Colombia, fue enviado a Bogotá e ingresó en uno de los mejores colegios, llegando pronto a coronar sus estudios de Derecho. Yo no tuve la misma suerte, pues cuando se trató de enviarme al Colegio del Estado --en la ciudad de Panamá-- que regentaba entonces el Dr. José Manuel Royo, fue clausurado dicho Colegio por falta de pago del sueldo de su Director.

Perdí, pues, de vista por ese tiempo a mi querido amigo, hasta 1876 en que encontrándome en la ciudad de Los Santos en casa de mi tío, pasó frente a ella don Cornelio Escobar acompañado de un apuesto joven a quien algo me obligó a mirar con fijeza e interés. Mi tío me preguntó si conocía al joven que acompañaba a Don Cornelio y como mi respuesta fuera negativa, me informó con entusiasmo: --es tu amiguito Belisario!..

Era el Dr. Belisario Porras, hoy Presidente de la República, en cuyos rasgos de niñez advertíanse las características de su genio y su talento. Entonces, como hoy, su vida y su actuación pública fueron objeto de mi más ferviente satisfacción, como que su comportamiento había dejado en mí desde esa época huella imperecedera no deshecha ni en las campa-

ñas políticas de 1892 y 1912 en que militamos en corrientes distintas, porque hasta en ellas disfruté de las mismas consideraciones personales que siempre nos habíamos dispensado.

Deliberadamente y tratándose de un simple recuerdo de nuestra infancia no he querido ocuparme de la labor administrativa del Dr. Porras como gobernante de Panamá, para evitar que se me tilde de apasionamiento surgido al calor de antigua y cordial amistad; pero tengo fé en que la Historia, juez severo e imparcial, al juzgar los actos de los que han intervenido en los destinos de nuestra querida Patria, hará justicia al Patriota, al servidor público que dedicara sus vigiliás y energías para levantar y engrandecer nuestra República.

Villa de Los Santos, marzo de 1924.

COMO CONOCI AL DR. PORRAS

Por ENRIQUE A. JIMENEZ

Al rededor de la guerra civil colombiana siendo yo un niño —conoci y desde entonces comencé a admirar al Dr. Belisario Porras, el insigne caudillo liberal. Vivía yo en el primer alto de la casa número 22 de la Avenida Norte de los alrededores del Mercado Público y los altos los ocupaba la familia Brin. El Dr. Porras, íntimo amigo de mi tío Don Juan Brin, acostumbraba comer allí todos los domingos. Para mí era como una obligación el ver subir al Dr. Porras, siempre jovial y siempre admirable, y tropezarlo de vez en cuando “de casualidad” cuando a grandes saltos subía las escaleras de la casa.

Pasaron los años y jamás decayó mi admiración y mi cariño por él. Donde quiera que el Doctor estuviese mantenía conmigo correspondencia epistolar. Durante su primera administración me llamó a ocupar el cargo de Secretario Privado suyo y mantuve con él la misma amistad inalterable hasta el día infausto de su muerte. En 1920 me tocó en suerte —en mi carácter de Presidente de la Asamblea Nacional— darle posesión del cargo de Presidente de la República y en la noche del último día de su administración — 30 de septiembre de 1924,— fui vocero del pueblo panameño al ofrecerle la gran manifestación popular con la cual, al confundirse él con sus conciudadanos, se le testimoniaba una vez más el afecto nacional.

Quizás como ninguno otro pude yo palpar de cerca la actuación política del Dr. Porras en sus diferentes administraciones que abarcan un período de diez años. Lo ví luchar con todas sus energías en defensa de los intereses nacionales, desatendiendo sus propios intereses; y las manifestaciones todas de su espíritu incansable fueron para mí — como indudablemente lo habrán sido para todos los panameños— fuentes de abun-

dantes enseñanzas cívicas, elocuentes demostraciones de lo que pueden la bondad y el talento guiados por los impulsos de un corazón honrado y noble. Como el experto marino lo vi erguirse ante el peligro y, lleno de confianza y valor, gallardo y sereno, como cumple a un adalid de su talla, salir siempre victorioso en todos los duros trances de su agitada vida.

Palpando de cerca las vicisitudes de la vida de bregador incansable del Doctor Porras, necesariamente tuve que compartir con él sufrimientos y regocijos, mortificantes angustias y gratas satisfacciones. Conservo un ejemplar de su Mensaje a la Asamblea Nacional de 1916 con dedicatoria escrita de su puño y letra que dice: "Para Enrique A. Jiménez, mi Secretario Privado y querido amigo, en recuerdo de la presente Administración y como un recuerdo de los días tormentosos durante los cuales fue redactando este Mensaje en el cual me prestó su valiosa y afectuosa ayuda. Su adicto: Belisario Porras".

El Dr. Porras fué un visionario que tuvo la suerte de ver realizados en vida muchos de sus sueños. Porque sueños suyos fueron la creación del Registro Público y del Estado Civil, la organización de los Archivos Nacionales, el Hospital Santo Tomás, la erección de la estatua al Descubridor del Mar del Sur y tantas otras obras importantes. Si un terremoto por desgracia arrasara mañana nuestro país sin dejar piedra sobre piedra, por entre los escombros de sus ruinas se alzaría magnífico e imponente el nombre inolvidable del más grande de los benefactores de este pueblo.

Me tocó presenciar uno de los capítulos que siempre he considerado como de los más interesantes en su obra fecunda de Gobernante. Eran las siete de la noche de un día de excesivo trabajo en el año de 1918 cuando el entonces Ministro de los Estados Unidos acreditado en Panamá señor William J. Price se presentó en la Presidencia de improviso. Quería tratar un asunto urgente y directamente con el señor Presidente, y yo se lo hice saber así al Doctor Porras. A los pocos minutos de la entrevista regresó el Doctor a su Despacho y me ordenó que por teléfono convocara inmediatamente al Consejo de Gabinete y así lo hice. El Doctor se mostraba impaciente y alterado. Informó al señor Price que debía esperar un momento en la sala. Minutos después fueron llegando los Secretarios y cuando estaban todos reunidos reapareció el Doctor en la sala y con aquella nerviosidad propia de él, que lo engrandecía en los momentos difíciles, excitó al señor Price para que "repitiera al Consejo lo que se había atrevido a venir a pedirle en forma tan poco comedida y de manera tan irregular". El señor Price por derecho propio, pretendía que la Lotería debía terminarse inmediatamente y no pasar a ser una institución del Estado porque —según él— contrariaba el espíritu de la Constitución. Ante la ac-

titud patriótica y resuelta del Dr. Porras se estrelló la arrogante e inaudita pretensión del señor Price y en ese propio instante se estabilizó la vida de la Lotería Nacional de Beneficencia cuya fundación fué siempre motivo de legítimo orgullo para el esclarecido mandatario.

(Lotería N° 56 de Enero de 1946.)

COMO CONOCI AL DR. PORRAS

Por D. H. TURNER

Lo recuerdo vívidamente.

Estudiaba yo mi segundo año en el Instituto Nacional, cuando el Doctor Belisario Porras, procedente de Costa Rica llegaba a Panamá a recibir del Ministerio de Relaciones Exteriores las instrucciones a seguir como Negociador en el secular litigio fronterizo que mantuvimos con nuestra vecina del Norte, afortunadamente liquidado ya.

El hogar acogedor y venerable del nunca olvidado doctor Carlos A. Mendoza, era el mío por espontánea designación suya, durante mis salidas del internado, y lo fué también, provisional del Dr. Porras, en su breve estada aquí a que hice referencia.

Un domingo, durante ella, el Dr. Mendoza reunió en torno a su mesa munificente y cordial, a don Belisario; a la entonces señorita Baquero, que después fué señora de Fábrega, y, desde luego, a todo su elenco familiar: la amada doña Rita de Mendoza, fallecida hace poco; doña Juanita Barsallo de Amí; su hija doña Josefita, hoy de Jaén; Carlitos Mendoza, nuestro actual modesto gran médico, y a quien estas líneas teje.

Seguro de su éxito intelectual en el fulmíneo palique, a que le daban derecho su alta cultura y mi ingenuidad campesina rayana en torpeza —apenas tenía algo más de un año de haber “soltado los pelos de la dehesa interiorana”, como me lo enrostraba él mismo después, en candente epístola—, el Dr. Porras me disparó la siguiente calculada pregunta:

—Y se puede saber qué clase de estudios hace el jovencito?

A lo que yo, semiaturdido, contesté:

—Bachillerato, Doctor.

El astuto interpelante subrayó entonces cruzando miradas socarronas especialmente con el Dr. Mendoza y la señorita Baquero.

—Bachillerato? Pero si esa no es una línea de estudio; es sencillamente la condición de tener el título de Bachiller. Posiblemente tú querrás decir Humanidades....

Y, es de suponer: las risas discretas del auditorio fueron el premio merecido por su certero disparo de franco tirador.



El General Charles De Gaulle y don Angel Vincensini, Ex-Delegado de la Asociación de la Francia Libre, en amable confraternidad, durante la estada del primero en Panamá, el 18 de Agosto de 1956.

EL GENERAL DE GAULLE

A Don ANGEL VINCENSINI, Ex-Delegado de la A. F. L.

Se encuentra hoy en Panamá rumbo a los mares del Sur, el general De Gaulle. Hijo de la libertad y soldado glorioso de ella, su presencia en América Latina suscita de nuevo el tema de la Francia eterna. Porque lo que este hombre hizo es una lección sobria de carácter a los pueblos sojuzgados que se debaten, como Hamlet, en palabras y palabras nada más. En cambio. De Gaulle, en el momento preciso y angustiado, dijo su palabra y actuó. Su nombre ya está en la Historia, y sin duda figurará al lado de Vercintorix, Carlos Martel, Juana de Arco y demás héroes de Francia que en la hora tremenda encarnaron el espíritu inmortal de libertad o muerte!

Cuando en 1940 Francia fué abatida militarmente, todos sus valores parecieron venirse abajo. Ejércitos desintegrados o fugitivos, pueblos y aldeas clamorosos de terror, la visión horrible de Dunquerque en pira funeral, por todos los parajes, Hitler en Los Inválidos, y el Gobierno, camino de Burdeos, el camino conocido de la fe vacilante y de la capitulación. Pero más allá de la derrota militar Francia vislumbraba el derrumbamiento de su moral, de sus instituciones, de su libertad, y de su lenguaje, claro y sonoro. Porque nunca antes, a no ser cuando Roma, se había visto la antigua Galia abocada a tan inusitados y trágicos destinos. Pero Roma que la hizo latina, la dejó guerrera; Alemania conquistándola, la germanizaría y la haría un pueblo de pastores. Y ante el mundo consternado, Francia capituló.

Pero los pueblos acunados en la libertad no se rinden por la voluntad interesada de minorías que momentáneamente los rigen y amordazan. En el curso de los siglos, vida y libertad se vuelven uno; honor y valor se integran: no fueron esclavos nunca, no lo serán jamás! Así Francia, cuando su Gobierno pactaba, millones de franceses sintieron el llamado de sus conciencias. Pero en el caos predominante, se necesitaba una Voz coordinadora que los despertase y alentase para la decisión mortal. De pronto, en medio de la desesperación silenciosa, una noche de junio de 1940 la B.B.C., de Londres, interrumpía su transmisión inglesa para dar paso a la Voz esperada, que se expresó en francés, así:

A TODOS LOS FRANCESES

"Francia ha perdido una batalla".

"Pero Francia no ha perdido la guerra!"

"Gobernantes de ocasión han podido capitular, cediendo al pánico, olvidando el honor, y entregando el país a la servidumbre.

"Sin embargo, no se ha perdido nada!"

"Nada se ha perdido porque esta guerra es una guerra mundial. En el universo libre, fuerzas inmensas no se han empeñado todavía. Pero un día, estas fuerzas aplastarán al enemigo. Precisa que Francia, ese día, esté presente en la victoria. Entonces recuperará la libertad y su grandeza. Tal es mi propósito, mi único propósito!"

"Es por esto que exhorto a todos los franceses, donde quiera que se encuentren, a que se me unan en la acción, en el sacrificio y en la esperanza.

"Nuestra Patria está en peligro de muerte.

"Luchemos todos por salvarla!"

"Viva Francia!"

"18 de junio de 1940".

General De Gaulle.

De Gaulle, hijo de un filósofo de Lille, estimó contemplativa la vida de su padre. Opinaba que la amenaza que se cernía permanentemente sobre Francia, exigía, que sus hijos fuesen soldados. Así optó por la carrera de las armas. Pero acaso, sin saberlo, llevaba en sí la doble modalidad filosófica de que nos habla el Croce, lo teórico y lo práctico. El idealista y el hombre de acción. Pero en De Gaulle estas fuerzas no se combatían: buscaban armonizarse y reaizar su conjunción plena. En el momento dado unió la acción a la palabra. Y esto es lo que constituye la verdadera grandeza de De Gaulle.

Profeta y soldado, místico y militante. Así lo comprendió Francia, que estremecida en su patriotismo, lo siguió dispuesta a triunfar o perecer en la demanda. Pero la batalla estaba ganada ya. Diez días después de su alocución de Londres la Resistencia Francesa abrió los fuegos: a Berlín!

El general se encuentra hoy entre nosotros y su presencia en América Latina viene a recordarnos lo que Francia ha dado al mundo . . .

Abel Lombardó Vega.

Panamá, agosto de 1956.